

La Ilustración Artística

AÑO XIV

BARCELONA 7 DE OCTUBRE DE 1895

NÚM. 719

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

Texto.—*Sainetes matritenses. Los hombres de negocios*, por A. Danvila Jaldero. — *Semblanza. Mariano Fortuny*, por R. Balsa de la Vega. — *Vistas de la isla de Cuba.* — *Murmuraciones europeas*, por Castelar. — *Nuestros grabados.* — *La roca del Tamborilero*, novela (conclusión). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Aparatos de salvamento de M. Ropp.* — *Los recuerdos de un curial*, por P. Gómez Candela. — **Libros recibidos.**

Grabados.—*Sainetes matritenses. Los hombres de negocios.* — *Mariano Fortuny.* — *Mascarilla de Fortuny.* — *Vistas de la isla de Cuba.* — *Desfile por secciones.* — *Las santas mujeres regresando del Calvario.* — *Monumento á Garibaldi en el Gianicolo (Roma).* — *En la huerta*, bajo relieve. — Figs. 1 á 4. *Aparatos de salvamento*, de M. Ropp. — *El despertar del león.* — *Parada de coches en Granada.* — *Monumento á Albear*, recientemente inaugurado en la Habana.

SAINETES MATRITENSES

LOS HOMBRES DE NEGOCIOS

Acera de la calle de Sevilla; espacio comprendido entre el café Suizo y el despacho de la Tabacalera

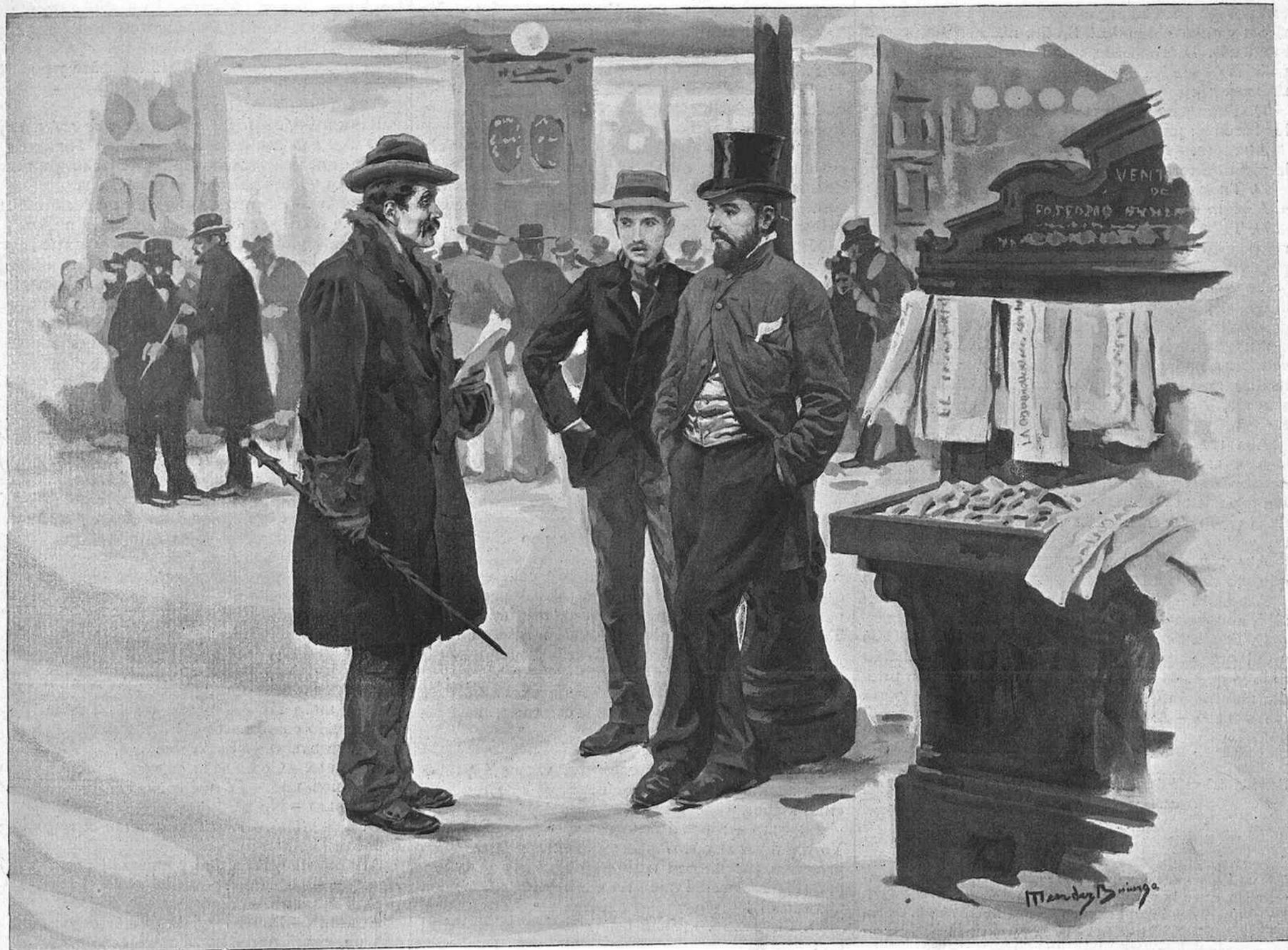
I

D. TEOBALDO, personaje de edad proveya y profesión tan problemática como la clase de animal á que pertenecieron las pieles que avaloran el cuello y bocamangas de su raído gabán. — AURELIO, oficial de la clase de sextos, revelando en su chistera y demás prendas indumentarias los estragos de repetidas

y aun recientes cesantías. — AGAPITO, joven inocente de esos que están á lo que salga aunque sea un sombrero viejo. En torno suyo, grupos de toreros de invierno, cómicos famélicos y demás hombres de negocios que pululan por aquellos lugares.

D. TEOBALDO. — Nada, señores; cosa hecha. Tengo á mi disposición sesenta mil duros para emplearlos en trescientos mil pies de terreno, á pesetita, que se necesitan con urgencia para la estación del ferrocarril subterráneo de Madrid á Valencia. Conque á ver si los encuentran ustedes en seguida.

AURELIO. — Siempre resultará alguna filfa como las de todos los días.



SAINETES MATRITENSES

Los hombres de negocios, dibujo de Méndez Bringa

D. TEOBALDO. — ¡Hombre, vaya usted al cuerno! ¿Se figura usted que está tratando con esa cáfila de corredores sin vergüenzas, que no tienen un negocio ni conocen más que capitalistas de tres al cuarto? Me viene usted con guasitas á mí que llevo ganados más miles de duros que pelos tengo en la cabeza.

AURELIO. — ¿Y no tendrá usted un cigarrillo?

D. TEOBALDO. — Casualmente se me han concluído, y eso que compré tres cajetillas de Susini esta mañana; pero como siempre anda uno entre capitalistas, no basta nada de este mundo.

AGAPITO. — ¡Cuánto me hubiera alegrado de encontrar á usted esta mañana, porque desde anoche no he echado una chupada!

AURELIO. — Yo no hace tanto, porque en la oficina me dan algún cigarro que otro.

D. TEOBALDO. — ¡En cuanto realicemos este negocio, verán ustedes qué cajas de brevas nos atizamos! Ahora por el pronto hay que tener calma. Usted, Agapito, ¿no sabe algo de terrenos que sirvan para el caso?

AGAPITO. — Yo, de terrenos, no, señor; pero tengo otro negocio magnífico.

D. TEOBALDO y AURELIO. — ¡A ver, á ver, diga usted!

AGAPITO. — Miren ustedes. Hay una tienda de ultramarinos donde dan todos los géneros que se quieren sin cobrar nada al que presente un fiador...

AURELIO. — ¡Toma, vaya un descubrimiento!

D. TEOBALDO. — No, pues no me parece tan mal, porque hay tiendas que ni con fiador dan un garbanzo. Me consta. Lo sé de buena tinta.

AGAPITO. — Si uno de ustedes saliera fiador, puede que nos dieran algo.

AURELIO. — Y luego, como nadie pagaría, tendría uno que cargar con el mochuelo, cosa que después de todo á mí me da un pepino, porque tengo ya retención, la paga adelantada, veintidós retirados y la mar...; en fin, con decir que el habilitado me ha dado tres pesetas por la paga del último mes, está dicho todo. ¡Figúrense ustedes cómo andaré yo con la parienta y once chiquillos! En fin, nada se pierde con intentarlo. D. Teobaldo, usted con ese gabán y esas pellejas puede hacer de fiador, y lo que se saque partiremos.

D. TEOBALDO. — Aceptado, pero no olvidar lo de los terrenos: ¡mil doscientos duros de comisión!

AURELIO. — Si sirvieran aquellos que hay frente á la plaza de toros...

D. TEOBALDO. — ¡Sí, hombre, magníficos!

AURELIO. — Pues cuente usted con ellos.

D. TEOBALDO. — Vea usted si los puede sacar á tres reales, y nos ganamos otro suplemento de quince mil pesetas.

AURELIO. — No hay que hablar más. Mañana veré al dueño y á cobrar la comisión.

AGAPITO. — ¿Conoce usted al propietario?

AURELIO. — No sea usted inocente. No se necesita conocer á nadie para decir que es cosa hecha. ¡En buenas manos está el panderero! ¡Ah! Ahora que me acuerdo, Agapito, ¿quiere usted ganarse diez mil reales?

AGAPITO. — ¡Ya lo creo!

AURELIO. — Pues tome usted esta nota. (*Saca un papelucho mugriento del bolsillo y se lo da á su colega.*) Un capitalista que desea colocar diez mil duros y da el cinco por ciento de comisión. Conque á partir, ¿eh?

AGAPITO. — Se trabajará y seguro que se hace. Conque ¿no vamos á la tienda?

AURELIO. — Sí, vamos, y Dios quiera que nos den algo, aunque no sea más que una lata de sardinas.

D. TEOBALDO. — Siempre será usted un infeliz. ¿Cree usted que yendo yo con ustedes no nos facilitarán todo lo que nos dé la gana? Esta noche se dan ustedes un atracón que revienta toda la familia.

AURELIO. — Así sea, y cuanto antes mejor.

Entrada del café de Fornos. Son las once de la noche, y sin embargo llueve pausadamente

II

MILLÁN, cesante desarrapado, se guarece en el espacio comprendido entre la mampara y la puerta de cristales del café. De pronto divisa á AURELIO que pasa en dirección á la Puerta del Sol, sufriendo impertérrito el chaparrón y blandiendo un grueso garrote.

MILLÁN. — Si éste llevase algo... ¡Eh, tú, Aurelio!

AURELIO. — ¡Hola! ¡Tú por aquí!

MILLÁN. — ¿Tienes una peseta?

AURELIO. — ¡Calla, hombre, no digas majaderías!

MILLÁN. — ¿Y un cigarrillo?

AURELIO. — ¿Te has figurado que soy un banquero?

MILLÁN. — Hombre, como siempre andas de negocios...

AURELIO. — Malditos sean ellos; y los capitalistas y el que me ha metido en estos trotes. No cuaja nada; todo se descompone. Yo no sé cómo D. Teobaldo dice que ha ganado tantos miles, porque yo no puedo pescar ni un triste real. Ayer nos llevó Agapito á una tienda donde decía que nos iban á dar el oro y el moro, fiado, por supuesto, y... por poco no nos dan cuatro palos. ¡Todo era camama!

MILLÁN. — Ese Agapito es un majadero.

AURELIO. — Pues anda, que yo al salir de la tienda le arrimé un achuchón que por poco le revientó; así es que echó á correr como alma que lleva el diablo. Lo que siento es haberle dado una nota de un capitalista que quiere colocar diez mil duros.

MILLÁN. — ¿Y por qué no los tomas tú?

AURELIO. — ¡Si es D. Bernardo el usurero, ese que ya tiene un pagaré mío de mil pesetas que le firmé por seis duros que me dió en calderilla!

MILLÁN. — Chico, todo está perdido. Yo desde que quedé cesante no sé cómo vivo. ¡Y dinero hay mucho! ¡Vaya! Tengo la mar de notas de capitalistas, pero nadie muere el anzuelo. Hoy me han hablado de un cubano que ha traído de allá dos millones de pesetas y quiere colocarlos...

AURELIO. — Pues chico, veas si puedes tú...

MILLÁN. — ¡Ca! No quiere nada con cesantes. Quiere activos.

AURELIO. — ¿Activos? ¿Serviría yo? Porque lo que es á actividad no me gana nadie. ¿Ves cómo están las botas que ni casi suelas tienen? Pues se han gastado corriendo varios negocios que si llegasen á salir... ¿Pero quién es ese cubano?

MILLÁN. — Qué, ¿vas á verle?

AURELIO. — ¡Toma, si es nuevo, quién sabe si haremos una operación!

MILLÁN. — Tú de seguro le sacas algo. Pues mañana te traeré la nota. Por supuesto que si realizas el asunto me darás parte.

AURELIO. — Convenido. Vengan esos cinco. No hay más que hablar.

MILLÁN. — (*Mirando por la mampara entreabierta al interior del café.*) ¡Calla! Allí están Teodosio y D. Lorenzo. Y toman café. ¡Qué bárbaros! ¡Anda, anda, y Teodosio tiene delante media tostada! Entremos á ver si nos convidan.

AURELIO. — Yo no puedo entretenerme, porque ahí en el Oriental me esperan D. Teobaldo y el dueño de una casa de la calle de Apodaca, que quiere tomar veinte mil duros. Ya le hemos buscado los cuartos y mañana se firma la escritura.

MILLÁN. — ¡Bah!

AURELIO. — Sí, hombre, ya están los veinte mil duros contados en la notaría.

MILLÁN. — Que sea enhorabuena, pero lo dudo.

AURELIO. — Yo también; pero en fin, lo que es un bíftec ten por seguro que cae esta noche.

MILLÁN. — Adiós, pues, y hasta mañana aquí á las ocho. Yo voy á ver si Teodosio no tiene ganas de comerse toda la tostada.

La calle de la Berengena

III

AURELIO y luego D. TEOBALDO

AURELIO. — ¡Caracoles! ¿Y en esta calleja vive el capitalista cubano? Me parece á mí... A ver, número 15..., éste es. ¡Demonio, qué portal más indecente!.. También es capricho alojarse en tal zaquizamí...

D. TEOBALDO. — ¡Eh, amigo Aurelio!, ¿adónde se va?

AURELIO. — ¡Calla, usted por estos andurriales! Pues á ver á un capitalista que tiene mucha *guita*.

D. TEOBALDO. — ¿Y deseará colocarla, naturalmente?

AURELIO. — Eso dicen.

D. TEOBALDO. — Pues entonces, vamos á proponerle alguno de los muchos negocios que tenemos entre manos.

AURELIO. — ¡Poco á poco con estropear el asunto! Yo voy á ver si opero por mi cuenta y le saco un préstamo, porque con tanto negocio estoy en la inopia. ¡Figúrese usted que sólo me he desayunado con una sardina!

D. TEOBALDO. — ¡Feliz usted, amigo mío! Yo ni eso.

AURELIO. — Pues aguárdeme usted, y si ese caballero es persona decente y suelta la mosca, puede usted subir después.

D. TEOBALDO. — Vaya usted y Dios le inspire. Yo, entretanto, daré un paseo por los alrededores, que eso no cuesta dinero.

Sotabanco abuhardillado. — En un extremo una mesa baja de cocina, sobre la que se ven algunos papeles y una botella de vino. En la pared pegado un cartel de toros. Varios trastos desportillados y dos sillas paticojas completan el mobiliario.

IV

PANCHO, cubano trashumante de la ilustre clase de vividores sin oficio ni beneficio. Viste un largo levitón, y á pesar del frío que se deja sentir, cubre su cabeza con amplio sombrero de jipijapa. AURELIO en la puerta de entrada reconociendo con la vista la desmantelada estancia.

PANCHO. — Pase, señor, pase y diga qué busca.

AURELIO. — Me parece que me he equivocado. No debe ser aquí. (*Aparte.*) ¡Si esto es una perrera por el estilo de la mía!

PANCHO. — ¿Por quién pregunta su mercé?

AURELIO. — Pues, hombre, por un capitalista americano que se llama D. Pancho Martínez.

PANCHO. — Ese soy yo.

AURELIO. — ¿Usted? ¡Caramba, quién lo diría!

PANCHO. — Se admira porque me ve así. No lo extraña, me han detenido el mobiliario en la aduana de Cádiz, y mientras llega me he metido en este *bohío*, porque las casas de huéspedes de Madrid dijéronme que eran unas cuevas de salteadores, y el que tiene que guardar capitales... ¿Sabe?

AURELIO. — (*Aparte.*) ¡Qué caprichos tienen estos americanos!

PANCHO. — ¿Y qué se le ofrece, mi amigo?

AURELIO. — Pues me envía el Sr. Millán á ver si usted quiere realizar una operación de préstamo.

PANCHO. — ¿Y cómo no? Si es buena la garantía...

AURELIO. — ¡Oh, de las mejores! Se trata de un empleado inamovible (*Aparte*) mientras no lo dejen cesante.

PANCHO. — ¿Y tiene la paga limpia?..

AURELIO. — De polvo y paja.

PANCHO. — Mire, para no entretenerle, el capitalista no está aquí, yo soy sólo su secretario particular. Lo mejor será que trate con él directamente, satisfaciéndome á mí un dos por ciento de comisión.

AURELIO. — (*Aparte.*) Me escamo.

PANCHO. — Si quiere le daré las señas y podemos verle en seguida.

AURELIO. — Vengan ya.

PANCHO. — (*Se dirige á la mesa y de entre los papeles coge uno que entrega á Aurelio.*) Tome. Es un hombre que tiene muchos miles de pesos, y en cuanto le diga yo dos palabras es cosa hecha.

AURELIO. — (*Leyendo.*) «Se desea colocar diez mil duros...» ¡Pero si esto es letra mía! ¡Mil millones de demonios se lo lleven á usted, so trapulante! ¡Si esta nota se la he dado yo á un tal Agapito!..

PANCHO. — ¿Entonces su mercé es el capitalista? ¡Cuánto me alegro! Si quisiera hacerme un pequeño préstamo, aunque no fuese más que de un par de onzas, hasta que llegasen los fondos que espero de Matanzas...

AURELIO. — ¡Matanza la que haría yo con todos los que se dedican á negocios como usted y yo!

PANCHO. — Pero hombre... ¿qué dice?

AURELIO. — Que estamos frescos los dos, y que más le valdría á usted con esa facha salir á cantar *guajiras* por las plazuelas que no engañar á las personas decentes. ¡Vaya unos capitalistas de cuerno! (*Sale precipitadamente dando garrotazos á las paredes de la escalera.*)

Otra vez la calle de la Berengena

V

D. TEOBALDO y AURELIO

D. TEOBALDO. — Qué, ¿se sacó algo?

AURELIO. — Un desengaño más. ¡Si es un *lipendi* tan tronado como nosotros!

D. TEOBALDO. — ¿Es posible?

AURELIO. — Como se lo cuento.

D. TEOBALDO. — ¿Y qué hacemos?

AURELIO. — No sé.

D. TEOBALDO. — Afortunadamente el negocio del ferrocarril subterráneo...

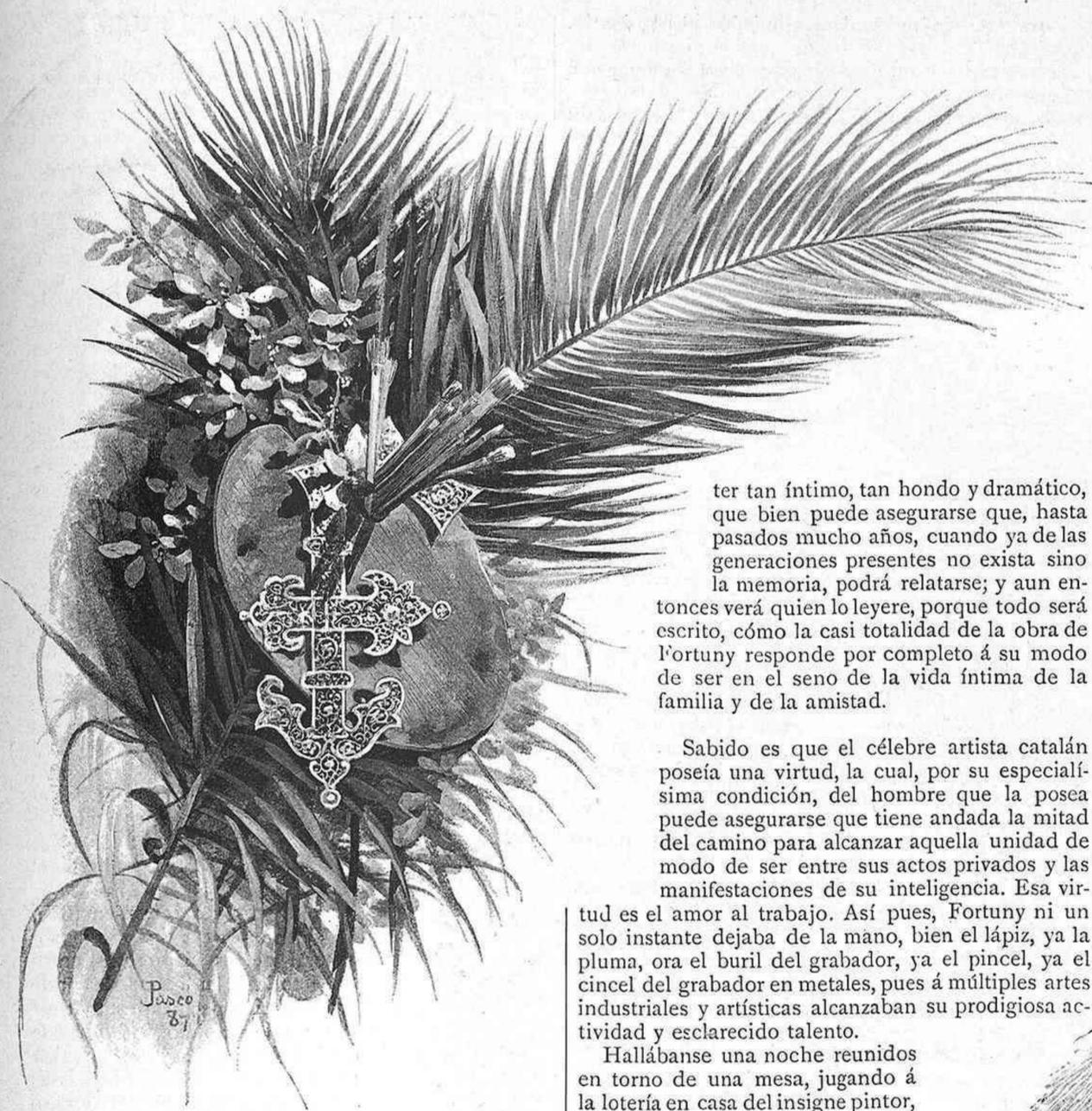
AURELIO. — Calle usted y no sea lila; más vale otra idea que me ocurre.

D. TEOBALDO. — ¿Cuál?

AURELIO. — Ponernos á la puerta de una iglesia con un cartelito de letras muy gordas que digan: «Dos hombres de negocios solicitan la caridad de las buenas almas.»

D. TEOBALDO. — Tiene usted razón; hagámoslo en seguida, que más de cuatro se han hecho ricos en Madrid pidiendo una limosna.

A. DANVILA JALDERO



MARIANO FORTUNY

SEMBLANZA

No sé qué influencia extraña es la que ejerce aún sobre aquellos caracteres menos impresionables y femeninos el conocimiento de cuanto atañe á la vida íntima de las personalidades que por cualquier concepto se han significado y significan en el mundo. Como si creyésemos que tras de sus obras ó de sus hechos se ocultó ó se oculta otra personalidad moral distinta de la revelada; como si creyésemos que tras de las magnanimidades de Alejandro, ó de las severidades de Séneca, ó del humilde vivir de Gregorio el Grande, ó de la descocada risa de Bocaccio, ó de los misticismos de Zurbarán, ó de los pesimismo de Schopenhauer, y en fin, tras de cuantas manifestaciones en lo que se relaciona con la vida pública han realizado los hombres excepcionales, se ocultase el hombre vulgar, aquejado por las pasiones, por los vicios, por las debilidades morales y físicas que aquejan á la generalidad de los humanos, la curiosidad del vulgo no se satisface, sino cuando logra averiguar que esos genios ó inteligencias superiores, para quienes la historia tiene un lugar preferente en sus anales, fueron y son de barro deleznable, y casi siempre más frágil que aquel de que están amasados el *héroe chusma*, el olvidado maestro de escuela, el honrado menestral, el anónimo periodista. Cierta secreta satisfacción produce, individualmente, conocer las perversas condiciones morales de hombres como el rey *Católico*, la soberbia del gran Gregorio, las aficiones de Sócrates, la borrascosa vida de Lope de Vega, la dramática del místico Alonso Cano, la equívoca de tantos otros. Y es que allá, en lo íntimo de nuestro ser, hay un algo que se revela tenazmente contra todo cuanto tienda á exhibirse, como cosa que pretende escaparse al análisis de la razón, á lo natural y lógico y corriente.

Ocúrrenseme estas reflexiones al intentar describir algunos rasgos del carácter del genial autor de *La Vicaría*, no ciertamente porque Fortuny disfrase en las manifestaciones de su genio de artista de las de su vida íntima, sino porque el hijo de Reus ha sido una de esas personalidades que en más perfecto equilibrio han estado, como artista y como hombre. Si algo existe en la vida íntima de Mariano Fortuny que no se revele en sus celebradas pinturas, es de carác-

ter tan íntimo, tan hondo y dramático, que bien puede asegurarse que, hasta pasados mucho años, cuando ya de las generaciones presentes no exista sino la memoria, podrá relatarse; y aun entonces verá quien lo leyere, porque todo será escrito, cómo la casi totalidad de la obra de Fortuny responde por completo á su modo de ser en el seno de la vida íntima de la familia y de la amistad.

Sabido es que el célebre artista catalán poseía una virtud, la cual, por su especialísima condición, del hombre que la posea puede asegurarse que tiene andada la mitad del camino para alcanzar aquella unidad de modo de ser entre sus actos privados y las manifestaciones de su inteligencia. Esa virtud es el amor al trabajo. Así pues, Fortuny ni un solo instante dejaba de la mano, bien el lápiz, ya la pluma, ora el buril del grabador, ya el pincel, ya el cincel del grabador en metales, pues á múltiples artes industriales y artísticas alcanzaban su prodigiosa actividad y esclarecido talento.

Hallábanse una noche reunidos en torno de una mesa, jugando á la lotería en casa del insigne pintor, el notable artista Tapiró, otro llamado, si no recuerdo mal, Herrero, y algunos artistas y amigos más, con la señora de Fortuny y las de otras colegas de la colonia española en Roma. Fortuny, como de costumbre, dibujaba á la pluma, bien una cabeza de los reunidos, bien sorprendía un movimiento, etc, cuando de repente Tapiró quiso tomar otra postura en su asiento y se le rasgó el pantalón, precisamente por un sitio de los que con más cuidado procuramos cubrir siempre. Levantóse Tapiró aprovechando un momento en que la atención general estaba fija en el juego, y, como pudo, se retiró á una habitación inmediata, donde, habiendo pedido á una de las sirvientas de la casa hilo y aguja, se quita los maltrechos calzones y se pone á coserlos como Dios le había dado á entender. Fortuny, á quien nada se le escapaba de cuanto acontecía en torno suyo, había visto á su amigo levantarse y reparado en la catástrofe. Fué tras de Tapiró, y mientras éste en calzoncillos remediaba la avería, el insigne pintor hacía de la cómica figura de su colega un delicioso dibujo.

Pronto debió de percatarse del suceso alguno de los jugadores, porque al poco tiempo las señoras quedaron solas, mientras que en la habitación inmediata resonaban fuertes carcajadas. Aguardaron impacientes las damas, no atreviéndose á ir adonde tales risotadas se oían, temerosas de interrumpir con su presencia el relato de alguna historia picante, á la que achacaban aquellas risas. Estas subieron de punto cuando Fortuny, terminado su dibujo, lo exhibió á la consideración general.

Como siempre, el apunte fué disputado con encarnizamiento. Todos querían poseerlo, hasta que se determinó rifarlo. La suerte favoreció á Tapiró. Poco tiempo después, Fortuny pintaba la celebrada acuarela titulada *El Malandrín*, que como no ignora nadie, representa un aventurero del siglo xvi, calado el

casco, puesto el colete y recosiéndose unos calzones.

Lo que acabo de contar da idea de la laboriosidad del gran reusense. Ahora voy á relatar otro rasgo del carácter de Fortuny, que honra sobre manera al celebrado pintor y al ilustre sevillano D. José Jiménez Aranda.

No conocía Fortuny á este artista, y alguien le habló del autor de *La loca* con gran encomio. Quiso conocerlo el del *Jardín de los poetas* y fué á su estudio. Quedóse maravillado de la corrección con que dibujaba (y dibuja) Jiménez, é hicieron amigos.

Tenía encargo Fortuny, hecho por su amigo y comprador el célebre coleccionista M. Stuard, de adquirir de artistas no conocidos, ó por lo menos todavía no muy nombrados, aquellos cuadros que, á su excelente criterio, le pareciesen dignos de figurar en su galería. Un día Fortuny, visitando á Jiménez Aranda, vió en el caballete, pues todavía lo estaba pintando, el precioso cuadro cuyo título es *El Rey que Dios guarde* (no se si habré invertido el orden de las palabras.) Enamoróse Fortuny de la pintura, declarando la obra maravillosa de expresión, de conocimiento de las costumbres de la época y de dibujo, y desde luego le adquirió el cuadro á su colega, con destino á la galería de M. Stuard. Al dar cuenta por carta al comprador de la adquisición, le decía Fortuny que era una joya, y que lo colocase en la sala donde estaban los lienzos que tenía de él y de otros artistas no menos célebres, añadiéndole que la colocación fuese en preferente lugar, aun cuando para ello se viese precisado á quitar alguna de sus mejores obras. Recibió M. Stuard el cuadro y no le pareció cosa tan sublime como el célebre artista é íntimo amigo le ponderaba, así que, aun cuando le colocó en sitio donde la luz era buena, no fué en la habitación que él tenía como *sancta sanctorum* de su colección.

Pasado algún tiempo, Fortuny hizo un viaje á París, y, como de costumbre, fué á comer á casa del opulento norteamericano. Llévole éste á ver las adquisiciones que hiciera desde que no se habían visto, y ya en la famosa sala, el autor de *La Vicaría* comenzó á buscar el cuadro de Jiménez Aranda. Díjole entonces M. Stuard que no lo había colocado allí,



MARIANO FORTUNY, dibujo de José L. Pellicer

al lado de los suyos, porque á pesar de sus elogios no le pareciera obra tan excelente aún cuando reconocía las grandes cualidades que la avaloraban. Entonces Fortuny, descolgando uno de sus cuadros, cogió el de Jiménez Aranda y le colocó en lugar tan preferente, diciendo poco más ó menos: «Este cuadro es más sólido de hechura y está más comprendida la época en que pasa la escena que ninguno de los míos.»

Adquirido dicho cuadro por Goupil, hoy es propiedad de la familia Real de España.

Vaya otro sucedido, que revela también la rectitud del carácter de Fortuny.

Encontrábase en esta corte, y todas las tardes iba á las caballerizas de la casa real á pintar caballos, que, como todos sabemos, los pintaba admirablemente. Una tarde se levantó de improviso un fuerte viento, y poco después comenzó á llover á cántaros. Fortuny tomó puesto en el portal de una casa de la calle del Arenal, frente á la iglesia de San Ginés, que por entonces no la habían estropeado con las reparaciones que le hicieron el mal gusto y la manía de modernizar lo antiguo, que obsesiona á número bastante considerable de nuestros arquitectos y maestros de obras. Fijó la vista Fortuny en la iglesia, y le gustó aquel patio con sus arcadas, y bajo de ellas aquellos puestos de flores en hermosa comunidad con los de escapolarios y rosarios y otros objetos de devoción que allí había y que aún hoy se ven. La lluvia seguía cayendo con violencia y el viento volvía del revés los paraguas de los transeuntes, levantaba las faldas de las devotas que apresuradamente entraban en la iglesia, arrebatando algunos sombreros y medio arrancaba los toldos del patio. Fortuny hizo un apunte de la escena, y ya de vuelta en su estudio cogió un lienzo, é impresionado como estaba de lo que había visto y con el apunte á la vista bocetó un cuadro delicioso.

Era gran admirador de Fortuny un anticuario madrileño, que siempre le llevaba, antes que á parroquiano alguno, aquellas antigüedades que adquiría, cambiándoselas á veces por tablitas, acuarelas, etc. Dicho anticuario vió el boceto y le propuso un cambio; fué Fortuny á la casa de su admirador y le propuso que le cediese el puño de una espada árabe y un cacharro de igual procedencia. Resistióse el anticuario, pues realmente el lienzo de Fortuny no era mucho más de un boceto, aun cuando como boceto pudiera considerarse obra de un genio. Avinose al fin el anticuario y se cerró el trato.

Pocos días después, un grande de España, que también se dedicaba á adquirir obras de arte antiguas y modernas, vió en la tienda del comerciante el boceto, y tras de un ajuste laborioso, adquirió la obra por quinientas pesetas. Olvidárase Fortuny del suceso, pues transcurrieron más de dos ó tres años, y un día recibe en Roma una carta de un marchante de cuadros de Londres, en la cual le decía: «He adquirido al señor conde de X... un boceto de usted que representa una tarde de lluvia en Madrid, y que tiene por principal motivo y fondo la iglesia de San Ginés. Aboné á dicho señor conde la cantidad de cincuenta mil francos y estoy dispuesto á dar á usted otros cincuenta mil si quiere terminar el cuadro.»

La cólera de Fortuny no tuvo límites al leer tal misiva. Quería venir á España, y obligar al conde á devolver la obra al anticuario, ó á que le abonase la mitad de la suma recibida. Los amigos de Fortuny, entre los cuales estaba el que me relató este suceso, se vieron apuradísimos para evitar que el artista hiciese lo que decía, quien consideraba una inmoralidad lo hecho por el aristócrata comerciante, pues de tales explotaciones, afirmaba Fortuny, «resultan saqueados los artistas.»

Terminaré estos recuerdos con otra anécdota que merece consignarse.

Era grande asistente á la casa de Fortuny un pintor menos que mediano, quien con su esposa vivían la mayor parte de los días de la munificencia del artista reusense. Un día, la señora del ignorado colega de Fortuny rogó á la esposa de éste que recomendase á Goupil la adquisición de un cuadro que su marido estaba pintando. Hallábase Goupil á la sazón en Roma.

Fortuny hizo la recomendación, y el célebre tratante parisiense, deferente al ruego de su pintor favorito, fué al estudio del Orbaneja y salió de allí saltando de cuatro en cuatro los escalones.

—¡Oh, M. Fortuny, eso es una herejía! ¿Qué demonio de cuadro es el que está pintando ese desdichado?

—Vamos, M. Goupil, contestó suplicante la señora de Fortuny, haga usted una caridad. Yo le aseguro

que ese cuadro quedará admisible al terminarlo.

—Madame, dígame usted que dé una limosna á ese hombre, pero no me obligue usted á cargar con el esperpento.

Terminó el pintor su obra y Fortuny la llevó á su



MASCARILLA DE FORTUNY, dibujo á la pluma de A. Fabrés, propiedad de la Excm. Diputación provincial de Barcelona

estudio y la estuvo retocando. Cuando le pareció que estaba presentable, se la remitió á París á Goupil. Pero á Goupil le pareció mal, porque efectivamente no podía parecer otra cosa, y se lo devolvió á la señora de Fortuny, diciéndole que no lo podía adquirir; que le dijera qué gratificación le mandaba al artista, pero que no admitía la obra.

Volvió Fortuny á coger el cuadro, y á escondidas de su amigo lo volvió á retocar, es decir, lo pintó de arriba abajo, y empaquetándolo, vuelve á enviárselo al marchante parisiense. Goupil contesta á la señora de Fortuny, que era la que mediaba en esta singular venta, diciéndole: «Madame, el cuadro sigue no gustándome; pero en gracia de lo hermosamente pintadas que están algunas figuras y del color de todo él, me quedaría con el lienzo si no creyese que ya no procede una gratificación; por lo tanto, ahí le devuelvo la obra para que el artista retoque *la firma*.»

Una úlcera en el estómago y unas calenturas malignas llevaron al sepulcro á Fortuny en muy pocos días. Acudieron á velarle amigos y colegas, y cuando ya en el período agónico, entre las nieblas de la muerte que le empañaban las pupilas distinguió la silueta de alguien en la puerta de su dormitorio., cerró los ojos y volvió trabajosamente la cabeza, y así murió.

R. Balsa de la Vega

VISTAS DE LA ISLA DE CUBA

La guerra separatista, que con tanta razón preocupa actualmente á toda España, presta gran interés á los grabados que en el presente número publicamos referentes á la isla de Cuba y acerca de los cuales vamos á hacer ligeras indicaciones.

Victoria de las Tunas, antes Tunas de Bayamo, es una bonita población de aspecto completamente moderno, situada en una gran sabana y atravesada por el camino central de la isla. Cuenta la ciudad en su casco unos 2.500 habitantes, cifra que se eleva á 13 ó 14.000 contando los poblados de Puerto Padre, Maniabón, Manatí, Yarey y Cauto el Paso, que diseminados en un campo de cerca de quinientas leguas cuadradas constituyen el término municipal de Victoria de las Tunas.

No hay en todo este vasto territorio ninguna vía férrea, ni carretera, ni más vía de comunicación que los caminos abiertos con el machete y el hacha á través de los frondosos bosques allí existentes. Estos caminos en cuyo afirmado no ha intervenido la mano del hombre, son buenos y de fácil tránsito en la estación seca, pero durante la época de las lluvias el barro alcanza en la mayoría de ellos una altura tal que en él se hunden las caballerías hasta el vientre.

En la guerra anterior, en 1869, D. Vicente García, titulado mayor general de los insurrectos, entró en Victoria de las Tunas, de donde era hijo, circunstancia esta última que no le impidió incendiar la ciudad, dejándola en su mayor parte reducida á escombros. Sus defensores, que en número escaso y desproporcionado hicieron frente á la partida, hubieron de capitular después de una resistencia heroica.

En la actual campaña, el día 30 de marzo último presentóse á las diez de la mañana delante de Victoria de las Tunas el cabecilla Capote con unos 250 hombres; entrando por la calle de Lope de Vega hizo fuego contra la guarnición, compuesta de 60 hombres del regimiento de la Habana y una sección de 24 soldados del regimiento de caballería de Hernán Cortés. Estas fuerzas, eficazmente auxiliadas por el paisanaje armado, rechazaron la agresión,

obligando á los insurrectos á retirarse. La sección de caballería, mandada por el teniente D. Mariano Pitarque, después de resistir á pie el ataque, cargó sobre el enemigo en su huida.

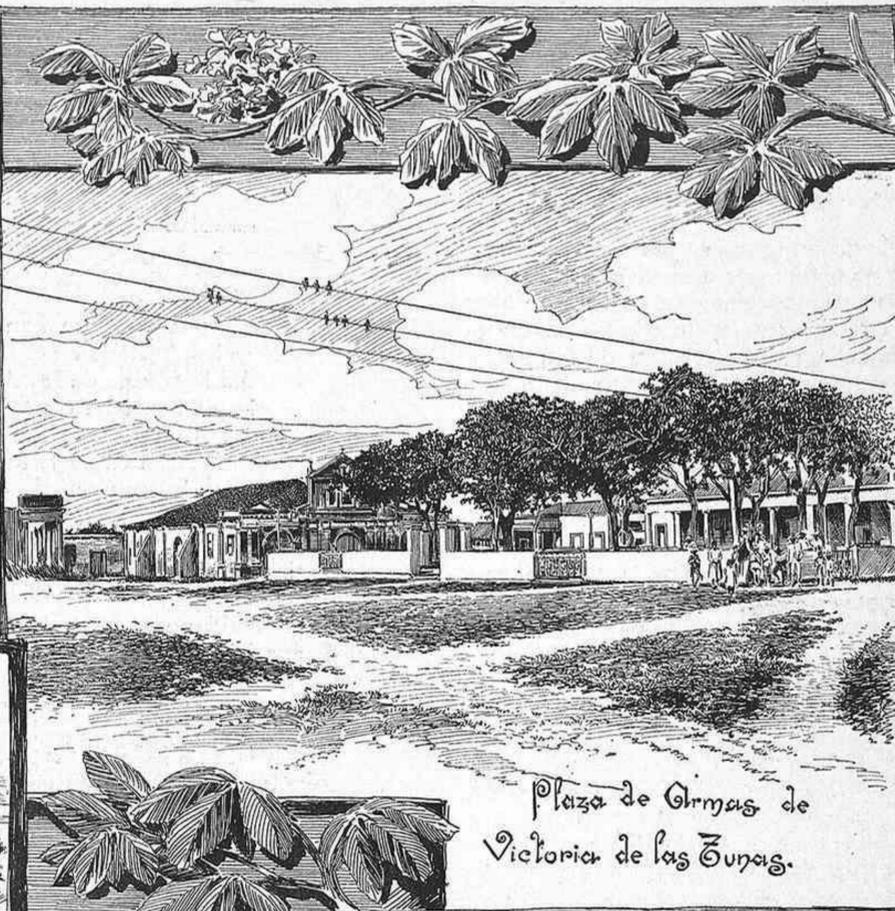
Victoria de las Tunas dista 50 leguas de Santiago de Cuba, á cuya provincia pertenece, 22 de Holguín y 36 de Puerto Príncipe; en su término municipal no existen más autoridades que el alcalde, el juez municipal y el comandante militar. En Puerto Padre, que es el poblado más importante del término, después de aquella ciudad, y que dista de ésta 15 leguas, hay un teniente de alcalde y un juez municipal. La plaza de Armas de Victoria de las Tunas, como podrán ver nuestros lectores en el grabado que publicamos, es de muy bonito aspecto, y en ella se levantan los principales edificios de la población.

El río Cauto, el más largo y caudaloso de la isla de Cuba, nace en la falda septentrional de las altas sierras del Cobre y desemboca al principio de la ensenada de Biramo, después de atravesar los terrenos anegados por sus derrames, que se conocen con el nombre de Ciénaga del Buey y habiendo recibido en su curso las aguas de los ríos Contramaestre, Cautillo, Bayamo, Arroyos y Salado y de multitud de arroyos y riachuelos. Su cuenca corresponde á los términos judiciales de Santiago de Cuba, Jiguaní, Holguín, las Tunas y Bayamo; su curso total es de 300 kilómetros, de los cuales unos 110 son navegables.

En el punto que reproduce nuestro grabado de la vista general del río, tiene éste una anchura de 125



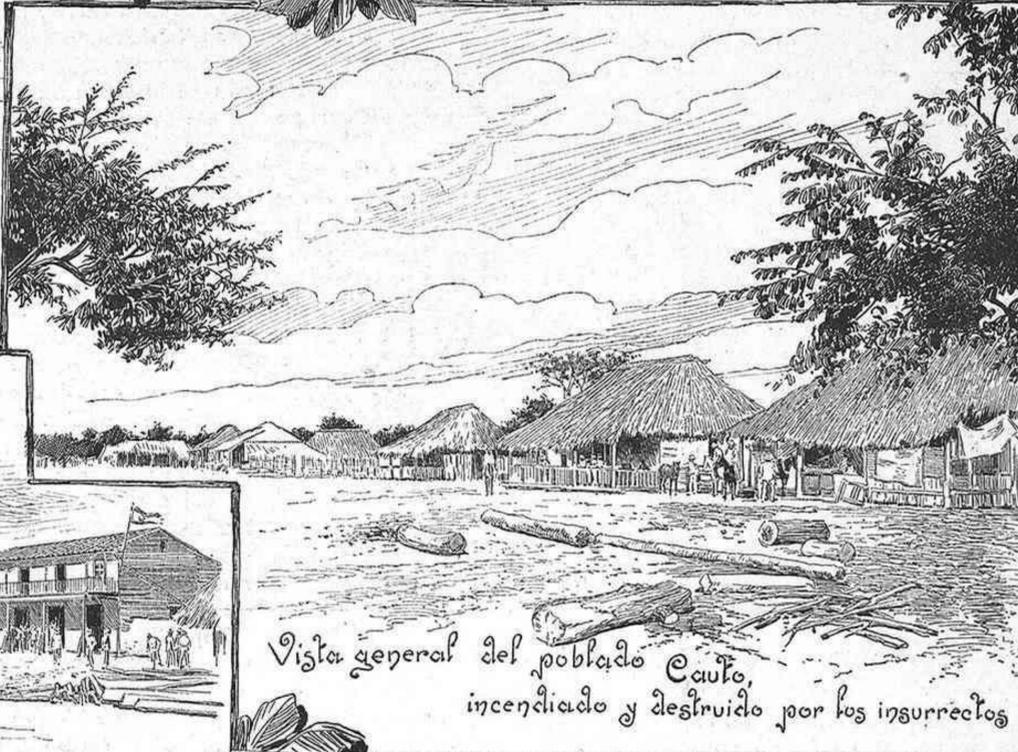
Estación telegráfica de El Guamo incendiada por los insurrectos



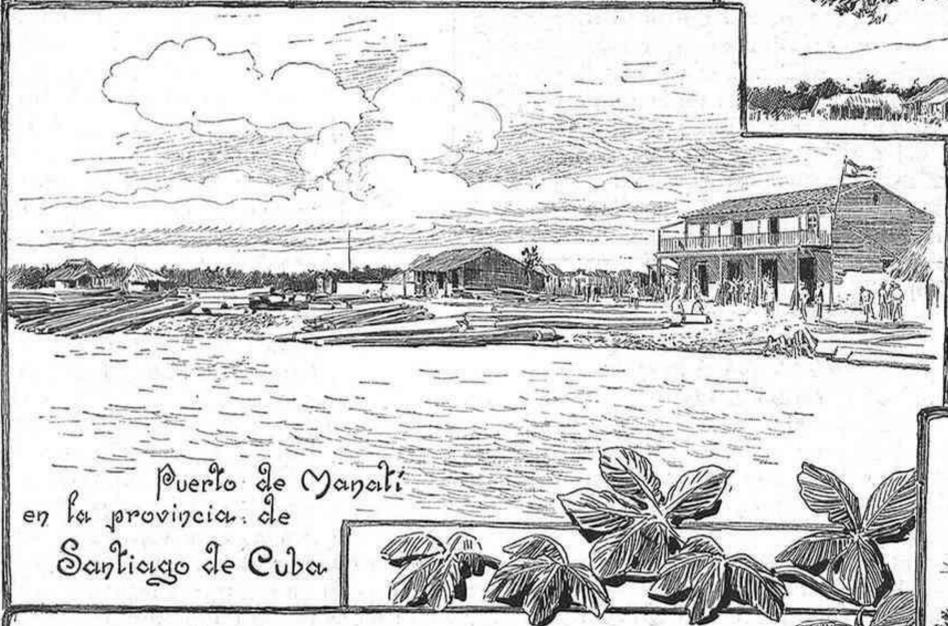
Plaza de Armas de Victoria de las Tunas.



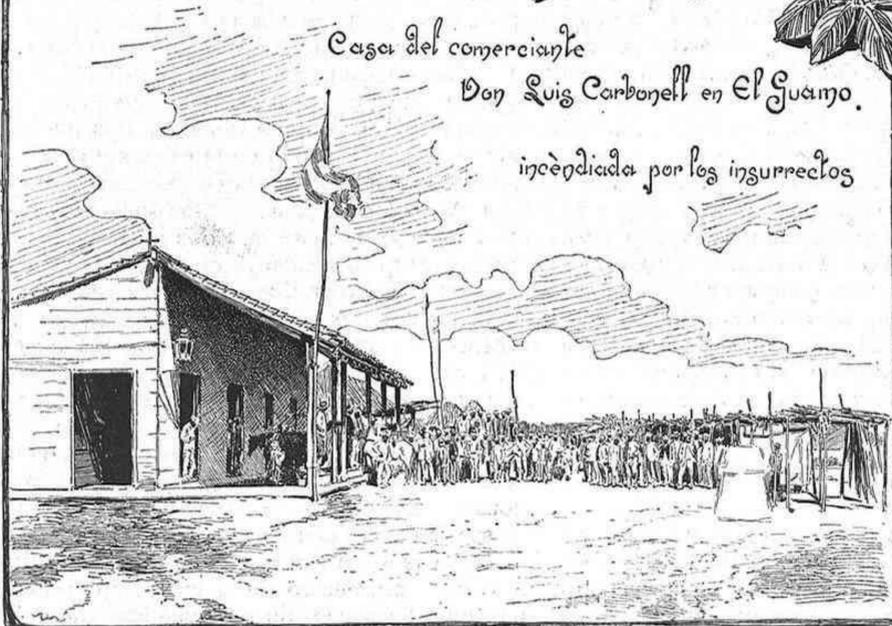
Vista general del río Cauto en su llamada calle de El Guamo



Vista general del poblado Cauto, incendiado y destruido por los insurrectos



Puerto de Manatí en la provincia de Santiago de Cuba



Casa del comerciante Don Luis Carbonell en El Guamo, incendiada por los insurrectos



Caserío de El Guamo incendiado por los insurrectos.



Passos 95

metros; á la izquierda se ve una chalana de vapor, llamada *Tortuga*, que efectuaba sus viajes semanales desde Manzanillo á Cauto Embarcadero con escala en El Guamo; al estallar la actual guerra fué incendiada, estando atracada al muelle de Manzanillo, y se supone que el incendio lo produjeron los insurrectos.

El río Cauto atraviesa los terrenos más feraces de la isla de Cuba: por ambas orillas extiéndense inmensos bosques vírgenes, en los que apenas se ve indicio de la mano del hombre, estando inculta casi toda aquella gran extensión de terreno, excepción hecha de algunos potreros destinados á la cría de ganado caballar y vacuno.

En la guerra pasada este río prestó grandes servicios, pues estando situada la ciudad de Bayamo á siete leguas de él, sirvió esta vía fluvial para que los vapores *Valmaseda*, *Cienfuegos*, *Alfonso XII* y *Damuji* hicieran por ella el abastecimiento de las tropas de aquella jurisdicción y de la de las Tunas, distante diez leguas de El Guamo.

Los poblados que existen en el Cauto son El Guamo, Cauto Embarcadero y Cauto el Paso.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La dinastía y la política de Austria. — El Rey de Dinamarca y su familia. — Desgracias. — El conflicto entre Suecia y Noruega. — Tirante situación de la política. — Los radicales y los conservadores noruegos. — Anatema sobre los aniversarios de batallas. — Alemania y sus partidos extremos. — Conclusión.

I

La desgracia persigue con encarnizamiento á la familia de los Austrias en el mundo moderno, como persiguió á la familia de los Atridas en el mundo antiguo. Esquilo, que ha evocado tantas princesas infelices en sus diálogos sublimes, no guarda ninguna de tanta desdicha como la infeliz Carlota, cuyos lamentos oyen los campesinos cercanos á su regio encierro todas las noches, que son para ella de perdurable demencia generada por intensísimo dolor. ¡Desgraciados Austrias, repito, desgraciados! Abre tal serie de irreparables desgracias la demente aventura de Maximiliano en Méjico pagada con la vida. Siguen desapariciones de príncipes, tragados por el mar y

anteriores á la revolución, y que tendría color muy reaccionario, si las reacciones fuesen posibles; ya un magyar, viejo mártir de esa revolución misma, y que se dispone con los propios ministros de su particular patria por las grandes cuestiones internacionales y eclesiásticas; ya un polaco perteneciente á la fracción de Polonia más patriota, y á pesar de su patriotismo, no tan rebelde al Austria como lo son á Prusia y Rusia Posen ó Varsovia; ya un austriaco de pura sangre alemana, toman de mal grado y dejan de bueno un oficio tan difícil como concertar en Viena los factores que la Naturaleza y la tradición desconciertan por sí mismas con fuerzas muy superiores á las humanas fuerzas. Compadecemos al conde Bardeni que toma sobre sus hombros esta carga.

III

Si afligida está la familia imperial de Austria, no está menos afligida la familia reinante sobre Dinamarca. Tras muchos años felices, en que, si la Cámara despedía contra los ministerios del rey su correspondiente voto de censura, no tomado por el rey para cosa ninguna en cuenta, la presencia cada verano en su palacio estival de una prole, compuesta toda ella por emperadores y reyes y príncipes y potentados y herederos de coronas gloriosísimas, le compensaba del recuerdo de una juventud pobre y misérrima, y le compensaba con creces; la muerte, sin entrañas para nadie, hale con mucha fuerza herido en la cabeza, llevándose al abismo eterno el más conspicuo y más elevado entre todos aquellos reunidos por generación suya ó por enlaces matrimoniales con su dinastía, hiriendo al emperador de Rusia, el tercer Alejandro, su yerno muy querido, y dejando viuda con este golpe terrible á su hija predilecta. Desde tan rudo golpe no ha vuelto á levantar cabeza el buen rey. En el triste lecho se pasa los últimos días de la vida sin poder moverse apenas, cual si fuese un anticipado sepulcro. Así á las fiestas de otros años ha sucedido un duelo en este año muy horrible. Lejos de ir á Copenhague, hoy enlutada, príncipes y señores, ha ido para despedirse por toda una eternidad el presunto heredero de la corona moscovita, mozo apuesto y sin ventura, malherido por la homicida enfermedad que con tanta frecuencia se contrae respirando el aire glacial de Petersburgo, la tisis, enfermedad que acabará pronto con su vida, pues contra sus estragos ha debido marcharse desde los climas del abeto invernal y de los mares helados al clima donde vibran

palmas y huelen azahares y florecen adelfas, aunque sin esperanza de remedio.

IV

No lejos de allí, en territorios pertenecientes otro tiempo á Dinamarca, en la democrática Noruega, pasan días bien tristes, por discordias bien agudas. El pleito empeñado con Suecia por la representación diplomática de ambos países en el mundo, lleva trazas de abocarlos á una verdadera catástrofe. Los tratados, que ayuntaran Suecia y Noruega, no han sido puestos en la debida madurez, ni siquiera sancionados por el tiempo, que resiste con resistencias invencibles á tal ayuntamiento. Aunque une á los dos pueblos un lazo muy flojo, más flojo que el existente ahora entre Austria y Hungría, se han vuelto los noruegos contra Suecia, como los irlandeses contra Inglaterra, si bien, precisa reconocerlo, con mayores medios de combate y mayores probabilidades de triunfo. El temperamento social aristocrático, el espíritu religioso intolerante, los fervores antiguos monárquicos, la economía proteccionista por sistema, la propensión á entrar en la triple alianza y á ponerse bajo la tutela de Alemania prestan al pueblo sueco una compleción radicalmente contradictoria con la compleción antigua noruega, democrática, liberal, progresiva en todo y en economía con especialidad, tolerante como el espíritu moderno pide, y de horror á la triple alianza y de protesta contra Alemania y de propensión á Francia, que la constituyen por fuerza en una Suiza del Norte, y le dan, dentro de la monarquía regida por los Bernadotes, el aspecto de una verdadera República. Mas como quiera que lo existente siempre tenga mucha fuerza, merced al instinto conservador, natural en toda sociedad, mientras Suecia se halla unánime por la vieja unión, se halla Noruega muy dividida respecto de la justicia y de la oportunidad del



ISLA DE CUBA. — Calle de Lope de Vega en Victoria de las Tunas (de fotografía de D. Manuel Martínez Otero)

El poblado de El Guamo con su estación telegráfica fué incendiado en 13 de julio último por una partida insurrecta mandada por D. Juan Mendieta obedeciendo órdenes de Maceo. En la fotografía del poblado que publicamos se ven grandes tongas de maderas de caoba y de cedro destinadas á la exportación, las cuales también fueron destruídas por el incendio.

El poblado de Cauto el Paso, distante catorce leguas de Tunas, á cuyo término municipal pertenece, está situado á orillas del río de su nombre, vía fluvial que utilizan los varios comerciantes allí establecidos para la exportación en grandes balsas de maderas de cedro y caoba de que tanto abundan los dilatados bosques inmediatos, en los cuales crece también de una manera prodigiosa la palmera jarey, que constituye una riqueza de aquella región. Cauto el Paso ha sido incendiado en esta guerra, como lo fué igualmente durante la anterior. Una de las principales casas destruídas por las llamas es la de D. Luis Carbonell, comerciante dedicado á la exportación en grande escala de maderas.

El puerto de Manatí, que también reproducimos, pertenece al término municipal de Tunas y por él se exportan grandes cantidades de piezas de cedro, caoba, espino, fustete y otras maderas preciosas.

Las fotografías de donde están tomados los grabados que publicamos en este número nos han sido proporcionadas por D. Manuel Martínez Otero, que después de haber servido en el ejército durante la anterior guerra separatista, se estableció en Tunas, de donde hubo de salir al estallar la actual insurrección y regresar á la madre patria, porque los servicios por él prestados á la causa española, servicios que conocían muy bien los insurrectos, hacían peligrosa su permanencia en aquella población. — X.

por el mar no devueltos, como suele devolver casi todos los cadáveres. Continúa la serie horrorosa con el sacrificio de Rodolfo, inmolado al honor herido por celos implacables. Ahora se dice que agoniza el heredero de la corona imperial en las montañas, y se sabe que ha muerto de un tiro en arriesgada cacería otro príncipe, quien despertaba en los suyos, por la precocidad del entendimiento y por la robustez del cuerpo, fundadísimas esperanzas. Aunque sea una verdad muy baladí, por baladí casi olvidada, recordemos cuál se dilata el dolor desde los abismos hasta las alturas sociales, y digamos que los más afortunados y poderosos en apariencia son en realidad los más infortunados é infelices.

II

Yo compadezco al emperador de Austria con verdadera compasión. Dando de mano á sus desgracias de familia, confesemos que necesita verdadera resignación de santo y paciencia verdadera de mártir para primero montar y luego concordar sus reinos varios, tan dispares y discordes como aquellos históricos relojes de Yuste, cuyas manecillas no indicaban la misma hora jamás, á pesar de los sudores pasados por Carlos V en su acuerdo y concierto. Ahora mismo no hay ministerio central en Austria, ni manera de arreglarlo. Sucédense allí los ministros con la perturbadora y confusa rapidez que en Francia. Como en aquella Babel de Austria se confunden tantas razas y en estas razas se usan tantas lenguas y en estas lenguas se profieren tantos varios recuerdos de lo pasado y tantas múltiples aspiraciones á lo porvenir, cuyos efectos, no sólo separan unos pueblos imperiales de otros, los enemistan y enconan entre sí, á cada instante se descompone un ministerio, tras el cual viene otro, no menos tocado de la descomposición universal y no menos próximo á irreparable muerte. Ya un viejo aristócrata, que representa los tiempos

rompimiento. Nombrado por el rey Oscar un ministro conservador noruego, so este ministerio se hicieron las elecciones para su presente Congreso de diputados, elecciones libérrimas por razón así de las buenas

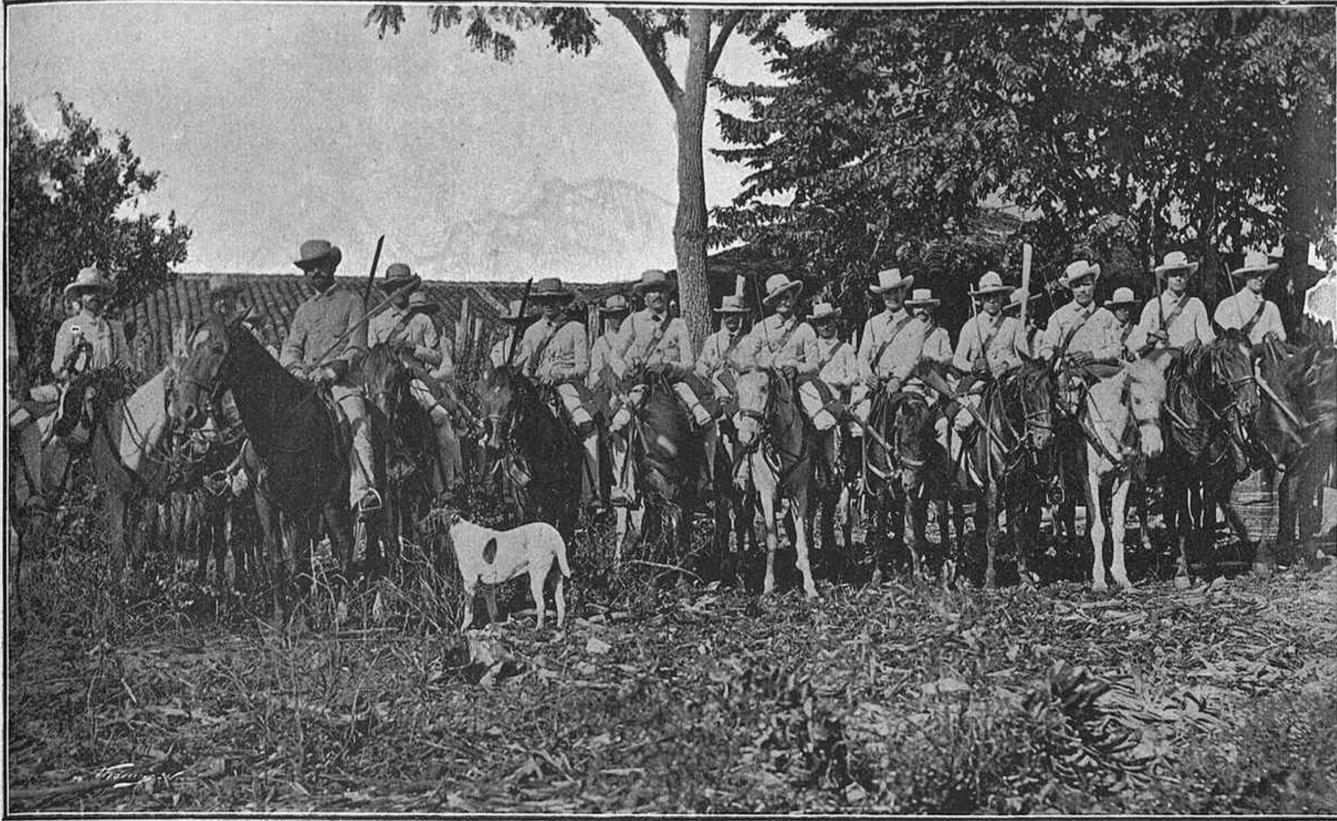
sembrado luminosas estelas por mares y continentes; el día en que Schiller puso la última letra en su *Guillermo Tell* ó Goethe en su *Doctor Fausto*; el descubrimiento de los *bacillus* vírgulas por Koch ó de la

convertidos luego en aludes, se desprenden de las alturas en moles pesadísimas y aplastan á los valles. El socialista quiere de César, vencedor, divino, casi omnipotente, que llegue á un Sedán del trabajo, y que mantenga con su milagroso poder á los jornaleros, ya que ha sabido inmolar á los soldados, como quiere á su vez el rural que le compre muy caros sus centenos y sus trigos, cosa más fácil que tener un presupuesto militar tan alto y vencer á los Austrias con los Bonapartes y arrancarle al Papa su poder temporal y hacer una Italia germánica y contrastar á un tiempo el poder de Francia y el poder de Rusia. En los últimos días se ha mostrado cómo el socialismo y la reacción se identifican en el deseo común de que cada cual triunfe, movidos por una esperanza tan demente como aguardar el bien respectivo propio de los excesos del mal. Así los artículos irreconciliables de la prensa comunista como las epístolas desesperadas del pastor Stöcker dicen que Alemania camina entre dos abismos, ó sea entre dos partidos extremos, mucho más difíciles de vencer que los Hapsburgos en Bohemia y los Bonapartes en Sedán. Dejemos hablar al tiempo.

NUESTROS GRABADOS

Desfile por secciones, cuadro de José Cusachs. - No es Cusachs artista que necesite ya frases de encomio, puesto que sus numerosas producciones hanle conquistado honrosa fama en el género difícilísimo á que ha dedicado su inteligencia y aptitudes. Quien como él ha conseguido en pocos años envidiable reputación, quien como Cusachs revela en cada una de sus obras nuevos y sensibles adelantos, no ha menester frases de aliento, ni el estímulo del aplauso. Por eso nos limitamos á llamar la atención de nuestros lectores acerca del nuevo cuadro que reproducimos, digno del artista que lo ha producido.

Las Santas Mujeres regresando del Calvario, cuadro de P. van der Ouderaa. - El pintor belga van der Ouderaa representa á las Santas Mujeres que desde Galilea habían seguido á Jesucristo en el momento de regresar del Calvario, formando séquito al cadáver del Redentor. El artista nos presenta las figuras vestidas, no con los trajes tradicionales, sino con vestiduras orientales más modernas, circunstancia que se advierte más que en ningún otro personaje en el de San Juan,



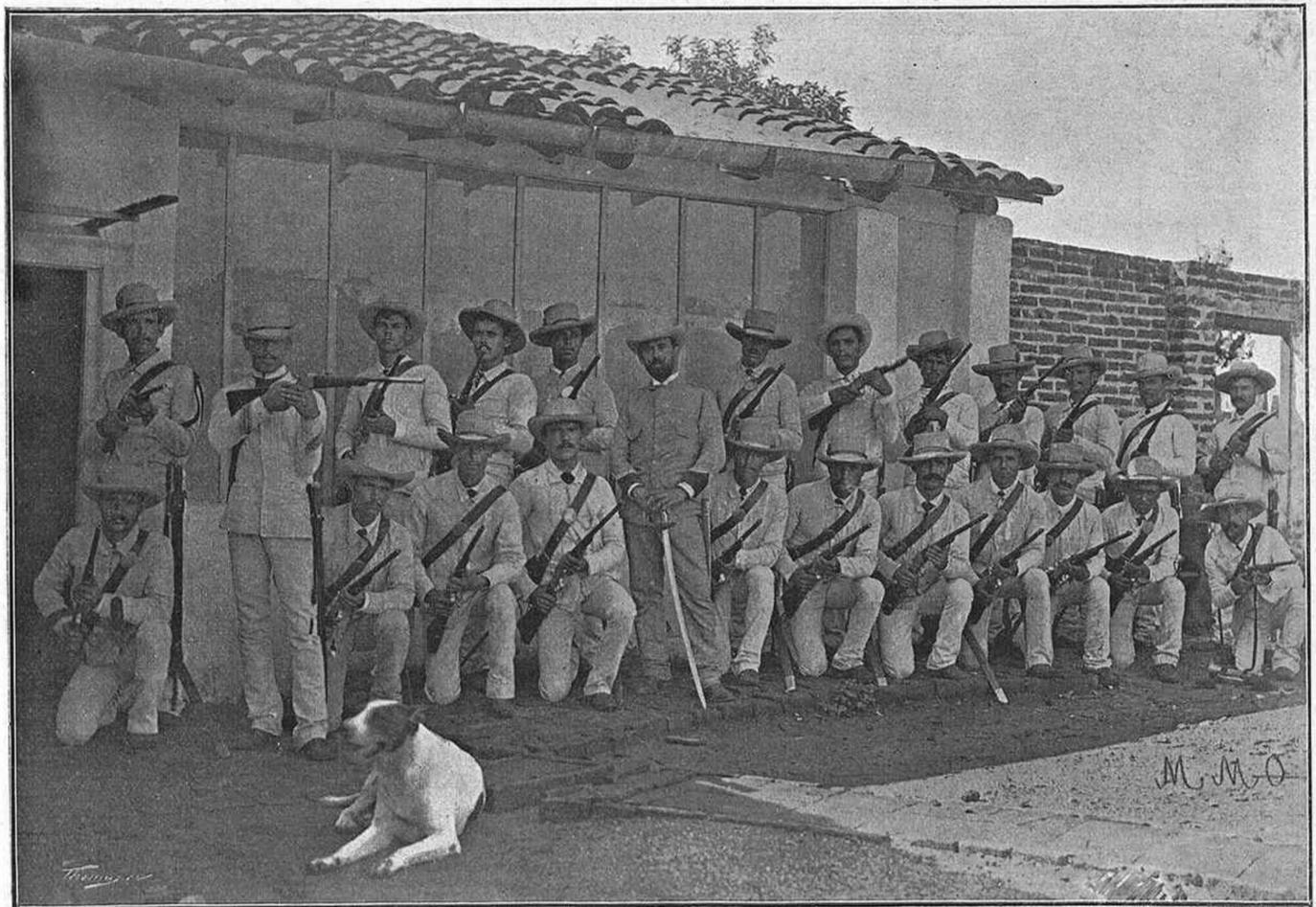
ISLA DE CUBA. - Sección de caballería del regimiento de Hernán Cortés, que en 30 de marzo último rechazó valerosamente á los insurrectos que atacaron la villa de las Tunas (de fotografía de D. Manuel Martínez Otero)

nas leyes allí reinantes, como de las buenas costumbres allí seculares. Y resultaron los radicales, ó sean los partidarios de soluciones extremas contra Suecia, en mayoría, sí, pero en mayoría de cinco votos. Ante tal disputado triunfo no se creyeron los enemigos de Suecia triunfantes y apesacharon, tan sesudos como prudentes, con el ministerio de real designación y de política conservadora. Mas bajo este ministerio, con poca resistencia de su parte, quizás con simulada complicidad; como quiera que los suecos hayan conminado á sus indóciles compañeros en varias ocasiones, muy dolorosas para éstos y por éstos muy sentidas, con amenazas de librar á las armas el conflicto y las soluciones al conflicto dábies, los noruegos contrastan tal temeridad, y á ella responden ahora con una serie de disposiciones militares nacidas de tal provocación, que creen sistemática ellos, encaminadas á su actual seguro y futura defensa, que han aumentado en cuarenta millones de francos el presupuesto de la guerra con grave daño de su hacienda, cuyas arcas verán suceder á una prosperidad sin ejemplo un déficit sin remedio. Deseemos que todo allí en paz se arregle.

V

¡Qué felices parecen los alemanes á la gente de corta vista intelectual, y cuán desgraciados á la verdad son! Teniendo tantos servicios en su historia prestados á la humanidad, lejos de conmemorar tales fechas gloriosas, días faustos para todos, conmemoran los días nefastos, en que la muerte abrió las alas en sus fronteras, y ellos y sus vecinos de Occidente cayeron en los mismos campos de batalla como víctimas inmoladas en sacrificios humanos, propios de caníbales, al odio que todo lo niega y todo lo destruye. No me parecerían bien los católicos españoles conmemorando la batalla de Mulberga, según llamamos á Mulbergh nosotros; aquella batalla, en que cayeron presos los electores y los margraves y los burgraves protestantes so la mano del duque de Alba, quien los entregó á las garras del águila de Carlos V. Pareceríame á mí una idea excelente que Alemania nos convidase á celebrar sus verdaderas glorias: la invención del tipo de imprenta por Gutenberg; la natividad del divino Mozart; una lección de Kant ó de Hegel en sus sendas universidades; las obras pictóricas de Alberto Durero; los viajes de Humbold que han

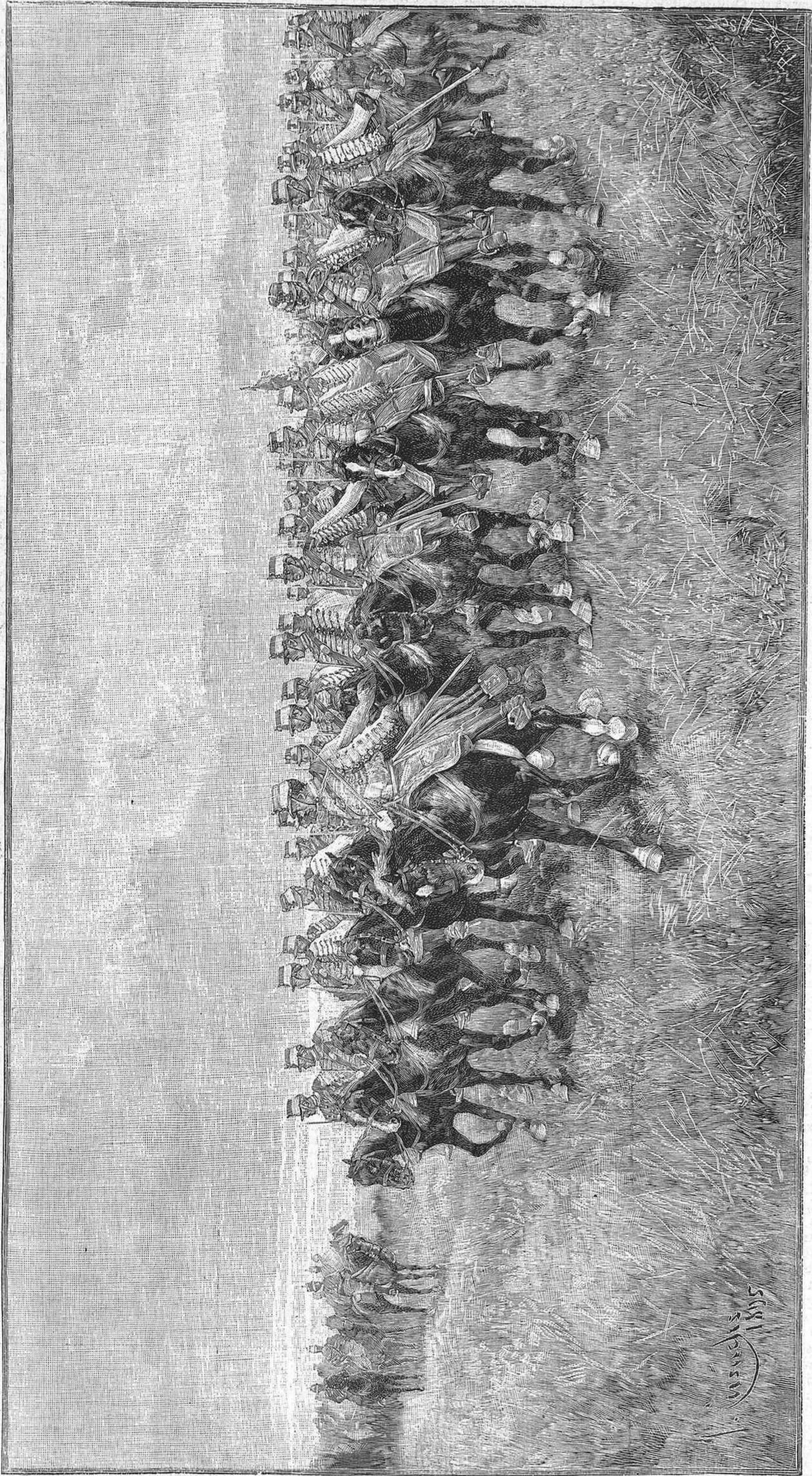
carne concentrada por Liebig; todo lo que á la humanidad sirve y diviniza, no Sedán, que la empuja con furor hacia los abismos, donde las especies inferiores se devoran unas á otras en carniceros combates de aniquilamiento y exterminio. Protestemos y sigamos: que las ideas de paz se abren su camino. El emperador en los discursos dichos para conmemorar las cruentas victorias de su abuelo, ha mostrado como nada hiciera venciendo á los enemigos exteriores de su imperio, cuando lo asaltan enemigos interiores



ISLA DE CUBA. - La misma sección de caballería del regimiento de Hernán Cortés desmontada (de fotografía de D. Manuel Martínez Otero)

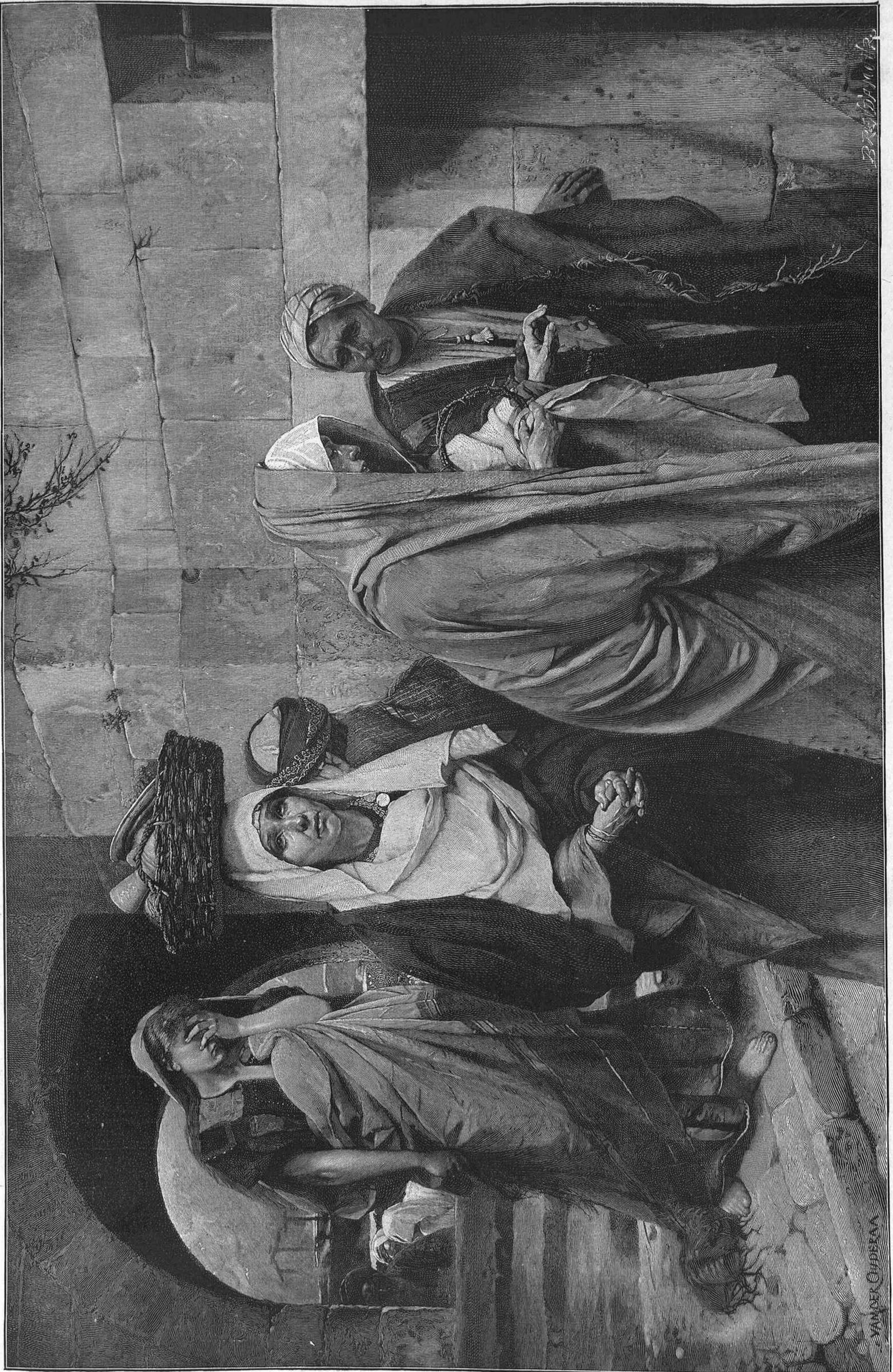
más encarnizados y más feroces, cual de una parte los dementados socialistas y de otra parte los testarudos rurales. Unos y otros acaban de mostrar que al cesarismo se agarran, así las utopías de lo pasado como las utopías de lo porvenir, cual suelen agarrarse á las cumbres altísimas los ventisqueros eternos que,

que acompaña á la Virgen. En ésta está admirablemente expresado el intensísimo dolor que experimenta al recordar los martirios y la muerte de su Divino Hijo, cuyos sufrimientos le recuerda la corona de espinas que lleva en la mano y en la cual fija sus ojos empañados por las lágrimas. Siguen en pos de la Virgen otras mujeres no menos artísticamente trazadas, y en último término María Magdalena, que se cubre el rostro con



DESFILE POR SECCIONES, cuadro de José Cusachs

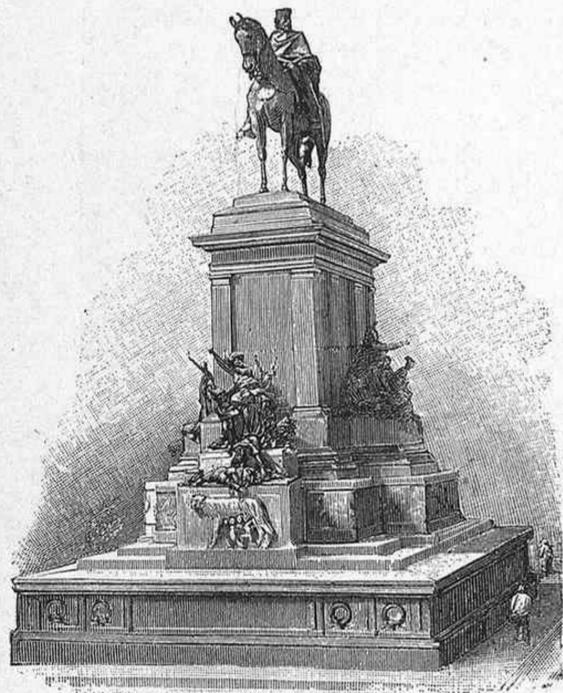
J. Cusachs
1895



LAS SANTAS MUJERES REGRESANDO DEL CALVARIO, cuadro de P. van der Ouderaa

una mano, dejando empero ver la expresión del dolor más profundo. En suma, todo el cuadro, en cuyo fondo se ve el Calvario con las tres cruces, es una representación magistralmente hecha de uno de los más dramáticos episodios bíblicos.

El autor de esta obra, que en 1893 emprendió un largo viaje por los Santos Lugares para poderse dedicar, como desde en-



Monumento erigido en honor de Garibaldi en el Gianicolo (Roma), inaugurado el día 20 de septiembre último. Obras de Emilio Gallori.

tonces viene dedicándose, á la pintura de asuntos de esta índole, es considerado justamente como uno de los primeros pintores de historia belgas. Su gran cuadro en la sala de los Asises del Palacio de Justicia de Amberes y sus cuadros históricos que se conservan en los museos de Amberes, Bruselas y Termonde, así como un tríptico existente en la catedral de la primera de estas ciudades, son obras que aseguran á su autor un puesto eminente en la historia artística de Bélgica.

Monumento á Garibaldi, obra de Emilio Gallori.—El día 20 del mes próximo pasado inauguróse solemnemente en Roma este monumento erigido en el Gianicolo, en el mismo sitio en que Garibaldi, según lo consignó en su libro *I Mille*, quería que se levantase un grandioso monumento en honor de los libertadores de la patria. Grandioso es el que se acaba de inaugurar debido al escultor italiano Gallori, que se inspiró en la arquitectura romana de la época de la república. Sobre amplio y elevado pedestal alzáse Garibaldi á caballo, en la actitud tranquila que solía adoptar cuando dirigía una batalla y en ademán de mirar al campo en donde la acción se desarrolla, como para observar los movimientos de la lucha. En las cuatro caras del pedestal se ven otros tantos grupos. El primero representa la defensa de Roma en 1849, en el momento en que los *bersaglieri* intentan el último desesperado ataque: uno de los combatientes yace muerto en el suelo; los demás luchan heroicamente. En el segundo se ven algunos garibaldinos, los soldados de San Fermo, de Marsala y de Mentana; uno toca la corneta, los otros se disponen á lanzarse sobre el enemigo y una figura imponente levanta en alto la bandera como para animar á sus compañeros. El tercero y el cuarto simbolizan á Europa con el toro mitológico y á América cubierta con el gorro frigio, los dos continentes en donde combatió Garibaldi por la causa de la libertad y en favor de los oprimidos. En la base del monumento hay esculpidos en bajo relieve una loba y un león, la loba de Roma y el león de Caprea, y alrededor de ella corre una faja, en bajo relieve también, compuesta de antiguas armas romanas.

El conjunto formado por la estatua ecuestre, los grupos, los bajos relieves y la arquitectura en general es armónica é imponente, dominando en toda un carácter de grandiosa severidad. El modelado de los grupos y de cada una de las figuras es magistral; la expresión de los rostros y de las actitudes, admirable.

El escultor Gallori es toscano, estudió primero en Florencia y luego en Nápoles: entre sus principales obras pueden citarse el grupo en yeso *La hermana de leche*, que tan popular se hizo en una reciente exposición de Roma, *El humo en los ojos* y la estatua de *Dupré niño*. El triunfo conseguido en el concurso nacional de 1884 para el monumento á Garibaldi, en el cual tomaron parte los mejores escultores italianos, ha aumentado extraordinariamente la celebridad que ya con sus anteriores obras había conseguido.

Monumento á Albear en la Habana.—El nombre de D. Francisco de Albear va unido á una de las obras que más beneficios han reportado á la capital de la isla de Cuba, al canal que surte á la Habana de agua potable tomada de las fuentes de Vento.

Por iniciativa y orden del entonces gobernador general de la isla D. José Gutiérrez de la Concha, Albear redactó en 1854 y presentó en 1855 el proyecto completo del canal, que fué aprobado en 1858, y en 1859 nombrósele director de las obras.

Poco tiempo pudo el ilustre ingeniero dedicarse tranquilo á la realización de su proyecto, pues desde los comienzos de la obra empezaron á surgir dificultades que amenazaban detenerla, y Albear hubo de sufrir grandes ansiedades y amargas decepciones, producidas por entorpecimientos administrativos que turbando la calma, tan necesaria en quien se halla al frente de obras de tal magnitud, obligábanle á distraerse de sus trabajos para contestar dudas, deshacer falsas interpretaciones y destruir erróneos conceptos.

Y como si todas estas dificultades no fueran bastantes, presentóse inesperadamente otro obstáculo, la escasez de dinero, á consecuencia de la cual hubieron de suspenderse las obras ya bastante adelantadas.

Estas alternativas de reposo y actividad se fueron repitiendo cada vez con más frecuencia, sin que por esto Albear dejara de ser molestado y á veces hostilizado, hasta que por último en una de esas interrupciones la marcha de los trabajos se detuvo, pareciendo entonces la paralización definitiva: la situación económica del municipio de la Habana llegó á ser muy difícil, y ya no le fué posible continuar el acueducto.

Después de transcurrido más de un año, se trató de arrendar ó vender el canal: cada tentativa de contrato era motivo de informes, reconocimientos y apreciaciones que Albear tenía que contestar y discutir en evitación de que la grandeza con que había sido concebida la obra fuese sacrificada por mal llamadas razones de economía.

Entretanto los años corrían y los problemas estaban sin resolver; mas por fortuna, aun en medio de aquellas oposiciones é interrupciones el trabajo había adelantado: el túnel, el canal y las obras de los manantiales estaban terminados, faltando sólo la prueba oficial para que el ilustre ingeniero pudiese rendir público testimonio de su trabajo, mostrando á todos la grandiosidad con que aquella obra había sido concebida y el talento y acierto con que la había ejecutado. Albear esperó aquel momento supremo con toda la fe del que, convencido de la exactitud de sus cálculos, siente que la prueba decisiva ha de ser un triunfo por confirmarse en ella la certeza de todas sus previsiones.

Así fué en efecto: en la mañana del 23 de junio de 1878, el general Martínez Campos, que entonces como ahora regía los destinos de la isla de Cuba, presidió el acto solemne de abrir las compuertas que separan las aguas de los manantiales reunidos en el depósito de los conductos del túnel practicado debajo del río Almendares; las aguas precipitáronse en ese túnel, pasaron al canal, recorrieron el acueducto de Fernando VII y por las cañerías de distribución llegaron á la capital y al interior de las casas en la cantidad, forma y regularidad de antemano previstas.

No terminó, sin embargo, aquí la historia del acueducto, pues faltaba construir el depósito y completar la distribución del agua en la ciudad. Para llegar á este fin luchó Albear con perseverancia sin igual, sin que por esto lograra ver coronada su obra. La vida del sabio ingeniero, ya quebrantada por el paludismo de Vento y las humedades del canal, acabó de debilitarse en este último período de lucha y se extinguió antes de ser cumplido su propósito.

D. Francisco de Albear, que había servido en el ejército en el cuerpo de Ingenieros, distinguiéndose durante la primera guerra carlista y alcanzando hasta el grado de brigadier, era hombre de una cultura superior, uniendo á sus talentos científicos conocimientos profundos en literatura é historia: fué asimismo notabilísimo poeta.

El ayuntamiento de la Habana al erigir en honor de Albear el monumento recientemente inaugurado que reproducimos, ha pagado una deuda de gratitud que tenía contraída con el hombre eminente que, llevado de su amor á su ciudad natal, pues de ella era Albear hijo, no vaciló en arrostrar penalidades y amarguras sin cuento para dotarla de un elemento indispensable á la vida, del cual carecía ó poco menos aquella capital.

La fotografía del monumento que publicamos nos ha sido remitida por los fotógrafos de la Habana Sres. Otero y Colominas, y los datos que nos han servido para trazar estos ligeros apuntes los hemos tomado del notable discurso pronunciado por el ilustrado doctor D. José J. Torralas en la sesión solemne que la Real Academia de Ciencias de la Habana celebró en 4 de mayo último en honor de Albear, que fué durante muchos años socio de mérito y vicepresidente de esa corporación.

En la huerta, bajo relieve en yeso modelado y pintado por Randolpho Caldecott.—El autor de este bonito bajo relieve ha sido uno de los más celebrados entre los modernos dibujantes ingleses: aunque cultivó con éxito la pintura y se dedicó también á la escultura, después de haber recibido lecciones del famoso escultor Dalou, su especialidad fué el dibujo y dentro de éste los apuntes de escenas y tipos vistos momentáneamente, pues para reproducir unas y otros ayudábale poderosamente su memoria, que retenía con facilidad suma los menores detalles de lo que había observado. Publicó varios libros de dibujos que se hicieron muy populares en Inglaterra, entre los cuales citaremos los titulados *Bracebridge Hall*, *John Gilpin* y *The House that Jack Built*.

Para sus apuntes encontró abundantes materiales en sus frecuentes excursiones por su país y en sus viajes á Suiza y á Italia, en cuyos climas buscaba alivio á una mortal dolencia que padecía. Como pintor ejecutó varias obras muy notables de carácter principalmente decorativo, y de sus aptitudes para la escultura es buena prueba el bajo relieve *En la huerta*, composición llena de gracia y elegancia, cuyos encantos avalora en el original el colorido.

El despertar del león, cuadro de Pablo Meyerheim.—Cualquiera que haya presenciado la escena reproducida en este cuadro, que fácilmente puede observarse en cualquier parque zoológico ó colección de fieras, admirará la verdad con que el pintor ha trasladado al lienzo las arrogantes figuras del rey del desierto y de su compañera, y la exactitud del movimiento de aquél y la actitud de ésta. El artista que de un modo tan sorprendente nos pinta la realidad, dando á su composición los toques enérgicos que tan bien armonizan con la fiera de los animales por él escogidos para su obra, bien merece el dictado de maestro que á Meyerheim ha otorgado la crítica alemana y los aplausos que en Alemania y en el extranjero se tributan á sus composiciones.

Parada de coches en Granada, cuadro de Tomás Muñoz Lucena.—Uno de los más típicos rincones de la que fué opulenta ciudad de los Alhambres sirvió al distinguido pintor cordobés Tomás Muñoz Lucena para producir una bellísima obra, altamente recomendable por ser trazo fiel del natural y por la castiza gama que en esta, cual en todas las producciones de este artista, se observa. Premiada en la Exposición nacional de 1890 y adquirida por S. M. la Reina Regente, significa un doble triunfo y el colmo de las aspiraciones que podía intentar su autor, quien en un período de tiempo relativamente breve ha logrado significarse en géneros tan varios como lo son el cuadro que reproducimos, *El cadáver de Alvarez de Castro* y *Las lavanderas*, premiados todos en las diversas exposiciones en que han figurado.

SPORT

La nota saliente de la temporada, la que ha constituido la *great attraction* de los ingleses y americanos, ha sido la posesión de la Copa de América, tan reñidamente disputada desde 1851, en que se iniciaron las competencias de construcciones navales entre ambas naciones. Para las presentes regatas se habían hecho verdaderos derroches de inteligencia, de habilidad y de dinero, pues se daba el caso poco frecuente hasta la fecha en que fueran los ingleses al litoral *yankee* á disputarles el anhelado premio.

Los dos *racers* que habían de efectuar la lucha son la más acabada perfección de cuanto se ha hecho en arquitectura naval. Lord Dunraven encargó al célebre Watson la construcción del *Walkiria III* para que luchara por Inglaterra, y en tanto Mr. Iselin encomendaba al veterano Herreshoff la creación de un *cutter* de igual tonelaje, el *Defender*, que sostuviera dignamente el pabellón estrellado americano. El tipo adoptado por ambos constructores fué el *bulb-keel*, reconocido hoy como el más ventajoso para las luchas de carrera, y que permite soportar valientemente las inmensas superficies de lona que cubren su exagerada arboladura.

El día 7 del pasado mes los habitantes de New York, puede decirse en masa, abordaron cuantos *steamers*, *ferry-boats* y toda suerte de embarcaciones que encontraron en los muelles, ávidos de presenciar las peripecias de la importante regata que iba á efectuarse, y que tras reñidísima lucha, en la cual se desplegaron cuantos recursos dispone la táctica marinera, se decidió la victoria por *Defender*, mandado por el capitán Hall, obteniendo una ventaja sobre su rival, en un recorrido de 30 millas, de 8 m 49 s.

Inútil es consignar el frenético entusiasmo que produjo la victoria del *cutter* americano entre los ciudadanos de las riberas del Hudson, y con los alientos que se presentarían en la segunda regata que se verificó el 10. Un accidente casual originado por el *Walkiria* durante dicha regata abordando ligeramente al *Defender*, fué causa que éste izara el guión de protesta, acto que admitió el Jurado como justo por haber impedido algo con lo ocurrido el andar del *cutter* americano, precisamente el tiempo que el inglés obtuvo de ventaja, 2 m 15 s, por cual razón el *Walkiria* fué descalificado, otorgándose por segunda vez el premio al pabellón yankee. Ante esto, lord Dunraven presentó una cortés reclamación sobre las embarcaciones que se cruzaban en la ruta de su yate con intenciones más ó menos aviesas, impidiéndole maniobrar libremente, y suplicando se dieran órdenes oportunas para evitarlo. En vano aguardó el aristocrático *yachtsmann* respuesta sobre su pretensión, y herido en su amor propio, en la tercera regata, verificada el 12, dispuso que su *Walkiria* al remontar la primera boya de virada abandonara desdeñosamente la carrera, retirándose á su fondeadero y dejando á *Defender* la libre posesión de la disputada Copa.

Esta ha caído de nuevo en poder de los yankees y ha venido á aumentar las que existen en las vitrinas del New-York-Yacht-Club; pero lo ocurrido recientemente en las aguas de



EN LA HUERTA, bajo relieve en yeso de Randolpho Caldecott pintado por el mismo

Landy-hook ha impresionado de tal modo á los ingleses, que en estos días ya se ha cruzado un cartel de desafío á nombre de Mr. C. D. Rose, perteneciente al Royat Victoria-Yacht-Club, quien reta á los americanos á unas nuevas regatas para la temporada próxima, bajo las condiciones que éstos deseen, y ha mandado inmediatamente poner la quilla á un *racers* de 89 pies de eslora, bajo la dirección del inteligente Mr. J. M. Soper, que llevará por nombre *Distant Shore*.

Tal ha sido el resultado de la *América Cup* del 1895, y otra vez el triunfo ha sido para los americanos; mas hay que reconocer imparcialmente que el día que Henechoff se inutilice ó fallezca, la Copa americana pasará las más de las veces á poder de los Clubs del Támesis. — E. FONTVALENCIA.

LA ROCA DEL TAMBORILERO

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. - ILUSTRACIONES DE ROUX

(CONCLUSIÓN)

Lo que más hirió la vista y la imaginación de todos á la vez fué que aquel gigante llevaba al costado un tambor sujeto por una sólida correa; y seguramente esta especie de boya, sosteniendo al náufrago sobre las aguas, le había impedido desaparecer como sus compañeros.

El primero de los que le divisaron se inclinó sobre él para despojarle, pero irguióse de repente profiriendo un grito de asombro, mientras que mostraba un niño, ó mejor dicho una niña, de un año cuando más, sujeta en la caja del tambor y viva aún.

El hombre se disponía á echarla en el agua ó á rematarla de un golpe en la cabeza, cuando uno de sus compañeros le arrapó la criatura de las manos, diciendo en voz alta:

- ¡Yo la tomo, y me encargo de ella!

Aquel hombre no se parecía á los demás; era Ives Madec, padre de Guillermo Madec, á quien se censuraba á veces por su excesiva sensibilidad.

- ¿No podías dejar volver á tu pequeña heredera al punto de donde procede?, le gritó Hervé Ragenés con tono de burla.

- ¡Yo la haré cristiana, para su salvación y la nuestra!, replicó Ives Madec. Y para redimir nuestros pecados, añadió en voz más baja.

Y se marchó, llevándose su ligera carga, la pequeña hereje, la inglesita, *Saoz bihan*, como decían en torno suyo los otros Paganiz, con el desprecio mezclado de horror que profesaban y que algunos profesan aún al inglés, porque personifica á sus ojos, no solamente al enemigo más temible, al *enemigo* por excelencia, sino también al que, no teniendo las mismas creencias y la misma fe, está condenado para siempre.

En cuanto al hombre del tambor, en vez de enterrarle en lugar bendito, le sepultaron en la misma playa, en el sitio donde fué arrojado, al pie de la monstruosa roca, que desde entonces se llamó, en recuerdo de aquel incidente, *Ar Roch ann Tabouliner*, ó La Roca del Tamborilero.

Todo parecía haber terminado así, y el recuerdo de aquel suceso se perdía poco á poco, cuando insensiblemente circuló por el país un sordo rumor, que tomando al fin consistencia se impuso á las almas inquietas.

Había comenzado á nacer entre los pescadores cuyas chozas estaban más próximas á la playa de Cosquer; aseguraban que en ciertos días de tempestad y de cielo sombrío, se oía resonar en la desierta playa el redoble de un tambor; sin duda el gigante enterrado resucitaba y tocaba la caja sepultada con él.

De boca en boca la especie se repitió, y muy pronto, sobre todo al declinar el día, nadie osó pasar por cerca de la roca sin hacerlo muy de prisa y persiguiéndose con terror. Tal vez se había hecho mal en dar sepultura al náufrago sin sacramentos, y ahora reclamaba oraciones con aquel ruidoso tambor, que indicaba una censura.

Cuando el rumor llegó á oídos de Hervé Ragenés, éste no quiso creer nada, y trató á sus compañeros de miedosos, asegurando que el esqueleto del pagano se hallaría bien ó mal en el mismo sitio donde se le dejó.

En tal instante, en medio de la evocación de sus recuerdos, decía con tono de burla:

- ¡Su tamborilero, ja, ja! El alcohol ó la sidra le trastorna el entendimiento, haciéndoles creer que el

fragor del trueno es el redoble del tambor... ¡Ah, muy bien!.

Y prestaba atento oído, con la mirada provocativa y encogiéndose de hombros.

tuía su lecho, cuando el rumor de pasos se acercó, cesando luego delante de su gruta; la puerta de piedra, desviada por una mano audaz y vigorosa, giró repentinamente sobre sí misma.

Empuñando con fuerza el bichero, Ragenés se precipitó hacia la entrada de la gruta, como el hombre de otra época debió hacerlo al acercarse el temible oso de las cavernas.

- ¿Quién anda ahí?, gritó con voz de trueno, ¿quién se atreve?..

A la luz pálida del día naciente dibujóse una silueta; y una cabeza que se inclinaba permitió ver dos ojos brillantes de alegría y un rostro de dulce expresión.

Ragenés retrocedió con aire de sorpresa, murmurando:

- ¿Eres tú, Alain?..

No se atrevía á preguntar más, adivinando casi por la expresión de alegría que observaba en los ojos de su nieto.

El joven exclamó con aire de regocijo:

- ¡Abuelo, todos se han salvado!

- ¡Todos..., unos ingleses, unos herejes, unos!..

- Unos náufragos, pobres marineros agobiados de fatiga, yertos de frío, hijos de Dios, como nosotros, replicó el joven. Si los hubiera usted visto le habrían infundido compasión.

Alain había penetrado en la sombría vivienda de su abuelo, y allí, con aire indeciso y doblegado su alto cuerpo, retorció su gorro entre las manos.

- Quisiera, dijo, pedir á usted una cosa, manifestarle... En fin, hace ya tiempo..., mucho tiempo, que deseaba hacerle una confesión; mas no he tenido hasta hoy, al regresar, la seguridad ni la promesa que necesitaba; entonces... Yo tengo ya edad para establecerme, y...

El anciano miraba al joven con expresión de desconfianza, fijos en él los ojos bajo la piel de bisonte que le cubría en parte la cara y husmeando el aire como un salvaje.

- ¿No estás bien así, soltero?, preguntó con acritud. ¿Qué te hace falta? Veamos, Alain.

El nieto vacilaba, pero al fin se decidió.

- Pues sépalo usted, dijo, yo amo á una joven del país, y deseo casarme con ella.

- Has hecho tu elección por tí mismo, contestó Ragenés con tono meloso, y sin duda es buena, puesto que sin consultarme antes me anuncia la cosa. Tal vez se trata de la hija de Lanlo, que profesa los principios del antiguo tiempo, que es, como yo, un verdadero pagano, y que no renegaría de sus antecesores como tantos otros lo hacen... Si te refieres á ella, estamos de acuerdo, hijo mío...

- No, repuso Alain con frialdad, no se trata de Ivona Lanlo.

Un rayo de cólera brilló en los ojos del anciano.

- ¡Ah, ah!, exclamó.

- Es Juana María Madec, añadió el joven. Ragenés hizo un ademán amenazador, cual si quisiera coger con sus aceradas uñas el cuello de Alain, gritando:

- ¡Ella!.. ¡*Ar vihanik Saoz!* ¡La inglesita!

- ¡La inglesita!.., balbuceó Alain con acento doloroso, herido en el corazón por el tono de odio con que su abuelo agobiaba á Juana María, injuriándola así. Pero advierta usted que la hija de Guillermo es bretona...

Ragenés prosiguió.



Te amo, Alain, y te juro que seré tu esposa

La tempestad se desencadenaba fuera, y las olas rodaban enormes y furiosas, aunque se aproximaba la hora del amanecer.

Al oír aquellos mugidos que tanto significaban, Ragenés se frotaba las rugosas manos con ademán de contento, mientras una vaga sonrisa de satisfacción entreabría sus labios, los cuales pronunciaban palabras malignas.

- Me parece á mí, murmuró, que al amanecer habrá más de un *tamborilero* en las playas, y que el barco de salvamento no podrá librar de su perdición al buque de esta noche. ¡Ah, ah, ah!.. ¡*Penseou ann aod!*.. ¡De grado ó por fuerza es preciso resignarse!.. ¡Vengan los restos del naufragio!.. ¡El mar, las rocas, la cólera de Dios..., todo está por nosotros!..

Estas palabras tenían un tono estridente y burlón entre las mandíbulas desdentadas de Ragenés.

El anciano se inclinó de pronto, en el momento en que una claridad, vaga aún, se filtraba ya por los intersticios de la piedra que hacía las veces de puerta de la gruta; á cierta distancia resonaba un ruido como de zuecos pisando el suelo pedregoso.

Pareciéndole que se alejaba, apagó su linterna, é iba á echarse sobre el montón de fucos que consti-

— ¡Ah, ah, ah!, exclamó. Hubiera debido sospecharlo. He aquí por qué para conquistar á la hija y ponerte en buen lugar con el padre, con ese Guillermo Madec, has querido tomar parte en el salvamento... ¿Y tú solicitas mi permiso?.. ¡Jamás, jamás!.. ¡Mientras yo viva, y advierte que viviré largo tiempo y cumpliré los cien años, y mientras conserve el aliento y los músculos y no me halle echado allá abajo junto á mis antecesores, me opondré de grado ó por fuerza á que la sangre de los Raguenés se mezcle con la de los herejes!.. Si otros, si los Madec han aceptado eso, yo no lo admito, por mi fe de pagano que soy, y que seré, como lo serás tú. ¿Me entiendes bien?..

Al pronunciar estas palabras, Raguenés levantó su bichero sobre la cabeza inclinada de Alain.

— Mejor quisiera verte muerto, añadió, que esposo de la mujer que acabas de nombrar...

Y con un ademán despidió al joven, que aturrido por aquella contestación, oyó resonar una carcajada siniestra con exclamaciones cortadas mientras se alejaba de allí, perseguido por el torrente de palabras que su abuelo le dirigía.

— ¡Vé á pedir esa joven al que la trajo aquí, *ar vihanik saoz!*.. Ve á pedir su mano al tamborilero, que duerme bajo su roca maldita, y á quien ni lágrimas ni oraciones sacarán jamás del infierno, adonde ha ido directamente, redoblando en su caja, que tantos imbéciles miedosos pretenden oír aún!..

III

— ¡Te amo con toda la fuerza de mi corazón, más que á mi vida, y he jurado que si me correspondías con un amor semejante serías mi esposa!.. ¿Lo quieres tú siempre, Juana María, á pesar del nombre que llevo y de lo que te he referido, á pesar de mi abuelo?..

Alain, que acababa de terminar con esta súplica ardiente la revelación de lo que había pasado en su entrevista con Raguenés, estrechaba tiernamente entre sus manos los dedos temblorosos de la hija de Madec.

Acá y allá, bastante lejos, parecían surgir del crepúsculo gigantes sombras de rugosas paquidermos é imágenes de nutrias monstruosas, que las rocas de color gris figuraban á su alrededor, formas aterradoras como las que representa una pesadilla. Hubiérase dicho que allí había alguna manada formidable de labirintodontes, de dinosaurios, de animales antediluvianos de todos los períodos, petrificados donde estaban, en todas las actitudes, por algún cataclismo ocurrido de repente, mezcla confusa de atlantosauros, de iguanodontes y de ictiosauros, revolcándose en la arena, en parte sumergidos en el mar, y ostentando miembros de terrible aspecto bajo la custodia de un guardián invisible.

Se acercaba la noche, y habían transcurrido algunos días desde el salvamento efectuado por Madec, en el que Alain Raguenés tomó una parte tan activa: los dos jóvenes se encontraban en la caleta circuida de rocas que forma, cuando las aguas se hallan bajas, la orilla arenosa del bosque, hacia el centro de la plaza, frente á la Roca del Tamborilero, aquella mole enorme que la marea descendente descubre y que iba á quedar en seco muy pronto.

Alain y Juana María se habían dado cita en aquel punto, impulsados por una especie de conmovedora superstición, como si hubiesen deseado tomar por testigo de sus inocentes amores y de sus leales promesas el monolito bajo el cual reposaba el naufrago desconocido á quien se había dado tan extraña sepultura.

Por su aspecto exterior era un poco *sahoz bihan*, algo inglesa, la joven Juana María, y también por su origen, puesto que era hija propia de la pobre criatura recogida por Ives Madec, viva aún, cuarenta años antes, junto al cadáver del gigante misterioso á quien se encontró con su tambor al costado. Aquel que había recogido á la infeliz criatura, única que

sobrevivió del naufragio, cuyo principal autor fué Hervé Raguenés, poseído súbitamente de compasión y dejando á sus compañeros ocupados en su feroz tarea de pillaje, se llevó á su casa la niña y entrególa á su esposa.

Esta última, tan compasiva como su marido, no quiso rehusar aquella parte del botín enviado por el cielo, y declaró, repitiendo la frase dirigida por Ives á Raguenés:

— Haremos de esta *sahoz bihan* una cristiana, y salvaremos su alma como se salvó su cuerpo.

antes de separarse, á la Roca del Tamborilero.

Los dos jóvenes, poseídos de una extraña sensación de melancolía, sin dejar de mirarse más que para enternecerse ante el espectáculo de las olas tan tranquilas después de su furor de los días precedentes, habían fijado su contemplación en la mole enorme que se elevaba entre ellos y el infinito.

Alain pensaba en la frase burlona de su abuelo.

«¡Vé á pedir su mano al tamborilero!»

¡Si hubiera podido aquel desgraciado salir de su sepultura para ver la mano de su hija, de la niña milagrosamente salvada, en la mano del nieto de aquel que había ocasionado su pérdida!..

Lentamente se acercaba la noche, haciendo más densas las sombras y rodeando los objetos un velo misterioso.

Juana María, cediendo al impulso de su corazón y persuadida de la verdad de las palabras de su compañero, murmuró de pronto ruborizándose vivamente:

— ¡Te amo, Alain, y te juro que seré tu esposa!..

Una carcajada ronca y salvaje resonó tan súbitamente detrás de ellos, que ambos se volvieron á la vez con expresión de espanto; pero ya, como pastor feroz del ganado antediluviano, de entre las rocas que encerraban la playa del bosque, veíase surgir la elevada silueta de Hervé Raguenés, que extendiendo hacia los jóvenes aterrados el bichero de que siempre iba provisto, exclamó:

— Y yo juro que jamás mi nieto se unirá con la *ar bianik saoz*.

Siempre el desapiadado insulto, agravado con el diminutivo, para indicar que Juana María era por su madre descendiente de inglesa, una inglesita.

Por un mismo impulso los dos jóvenes se habían erguido, colocándose Alain instintivamente entre el anciano y Juana María, á la cual protegió con sus brazos murmurando:

— ¡Abuelo, abuelo!.. ¡Cuidado con lo que hace!..

En su entonación, en un principio suplicante, manifestábase claramente un acento desesperado y de resistencia, haciendo hervir la sangre hereditaria, la sangre de los Paganiz. El anciano lo adivinó, y queriendo evitar aquella resistencia adelantóse con su pesada pica levantada, gritando:

— ¡Voy á enviar á esa condenada hereje al lugar de donde viene!.. Voy...

Paso á paso, Raguenés se acercaba, y con los ojos animados de una mirada de muerte, dominada por una idea fija, implacable, clavada en los mil pliegues de su piel granítica, semejante á las rocas asesinas de la costa, y á los escollos sanguinarios del país. Sin armas para defenderse de aquel ataque feroz, vacilando aún en descargar un golpe, porque todavía conservaba el respeto á su abuelo y por amor á Juana María, Alain hacía frente al furor del anciano. Alrededor de ellos no había ningún refugio, ni lugar alguno por donde huir, pues hallábanse situados entre Hervé Raguenés y el mar, entre él y la Roca del Tamborilero, hacia la cual retrocedían; mientras que por todas partes, de la inmensidad y del cielo avanzaban las sombras protectoras del crimen.

Impelido por la locura sangrienta y con la sonrisa homicida en los labios, el anciano se adelantaba, seguro de alcanzar á los jóvenes.

Súbitamente resonó un prolongado fragor, como si la cólera del cielo se hubiese desencadenado de improviso.

Raguenés prorrumpió en una carcajada feroz.

— ¡El trueno interviene en esta obra, como en los días de naufragio!.. exclamó. ¡Despojos en la costa!.. ¡Dios está por nosotros!.. ¡Ah, ah, ah!..

Pero hete aquí que aquel fragor se convirtió en redobles regulares y rítmicos, que se repetían entre las dunas, en las rocas, produciendo el efecto de un toque de carga misterioso, repetido por un tambor invisible.

Raguenés se detuvo vacilante, murmurando algunas palabras y esforzándose para chancearse.



¡Gracia..., perdón..., consiento!

Después la educó con sus hijos, sin hacer ninguna distinción. Entre ellos, el mayor, Guillermo, se apasionó por aquella hermanita adoptiva, y más tarde, el afecto de la infancia convirtiéndose en amor, y el joven se casó con ella. De aquel matrimonio nació Juana María, cuyo nacimiento costó la vida á su madre.

Con su tez blanca y sonrosada, sus ojos azules, y aquel nevado cutis que el sol no había podido curtir, constituía el tipo de una raza diferente de las de las jóvenes morenas, de ojos y cabellos negros, que se encuentran en todas esas costas, desde Trefflez á Guissenny, y que son, lo mismo que los hombres, verdaderas Paganiz, conservando la pureza y el salvajismo de su sangre sin cruzarla jamás con otra.

— Esto precisamente había seducido al hijo de los Raguenés; aquel Pagano de epidermis aceitunada, de ojos negros y cabellera oscura, sintióse atraído por aquella mujer blanca y rubia, por el agua transparente de sus pupilas, por la blancura de sus dientes, y fué á ella como la noche hacia el alba, hacia la salida del sol, impulsado por una adoración irresistible.

Allí, en medio de las dunas, bajo un cielo de color gris uniforme, la contemplaba con éxtasis, sin saciarse nunca de aquel placer, de penetrar con sus pupilas sombrías la luz insondable de los ojos de Juana María, que á él le parecían un cielo sin nubes.

Delante de ellos, las olas venían á morir dulcemente, y al alejarse dejaban un blanco collar de espuma alrededor de las rocas, haciendo una caricia,

SECCION CIENTIFICA

LOS APARATOS DE SALVAMENTO AUTOMÁTICOS DE M. ROPP

El invento de M. Ropp es una aplicación tan ingeniosa como inesperada de los gases licuados. Preocupado por los inconvenientes que ofrecen los aparatos de salvamento ordinarios, cinturones y demás, que ocupan necesariamente un volumen bastante

- La verdad es que esta noche redobla singularmente, dijo... Tal vez envíe Dios una nueva fragata...

Los redobles tomaron un carácter fúnebre, precipitado, pareciendo que se acercaban hasta rodear a los actores de aquella escena con sus ondas sonoras como con un sudario de muerte. Y no provenía del cielo, cargado de nubes, aquel estrépido amenazador, sino que llegaba de la tierra, desde muy cerca, percibiéndose al ras de las arenas, y como si chocara en todas las grutas, en los escollos y en las ondulaciones de la playa.

Los tres se miraron, y el anciano, dejando caer su pica mortífera, exclamó: *¡Ar Bo'h ann Tabouliner!* Y los dos jóvenes repitieron con la misma voz de espanto: «¡La Roca del Tamborilero!»

El toque de carga continuaba, apresurando sus redobles.

Los labios del anciano articularon algunas palabras, como si se preguntase a sí propio:

- *¡Ha na ghvit - hu kéd anizhan ó taboulina?*

- ¿Qué dice?, preguntó en voz baja Juana María, que no comprendió nada.

Alain tradujo las palabras del abuelo:

- ¿No le oís tocar el tambor?

En las densas tinieblas, más profundas aún por las brumas que comenzaban a extenderse, bajo los últimos restos espumosos de las olas, que rodeaban con sus líneas ondulantes la base de la enorme mole antes de retirarse, la roca del tamborilero, espejismo imponente, parecía moverse y avanzar hacia el sitio donde estaban el anciano y los jóvenes.

Alucinado, descompuesto, con las pupilas desecajadas, Hervé Raguénés *vió* al gigante erguirse ante él, con su tambor al costado, monstruoso, viviente, terrible, tan alto como la roca misma, cuyo lugar había ocupado para salirle al encuentro, haciendo resonar siempre su caja con unos redobles que parecían el fragor del trueno.

Mientras Juana María y Alain, mudos de terror, trataban de distinguir alguna cosa bajo la movible cortina de las tinieblas, el anciano, con su pica en tierra, los brazos extendidos hacia la roca, la garganta anudada y el corazón oprimido por los remordimientos, decía:

- ¡El Tamborilero... él! ¡Es él!.. ¡Viene hacia aquí!..

Sus piernas, dobladas bajo el cuerpo vacilante, cedieron al fin, y el anciano cayó de rodillas en la playa, vencido y suplicante.

- ¡Gracia, perdón..., consiento!..

A medida que las palabras salían de su boca, poco acostumbrada a pronunciarlas, los redobles disminuían y se esparcían, alejábanse y se extinguían al parecer con el último estremecimiento en el abismo de la noche al volver a la tumba.

Alain y Juana María condujeron al temible pagano, sosteniéndole por los brazos, y tan débil como un niño.

Mientras le ayudaban a andar, estremeciase aún por el recuerdo de lo que acababa de ver y oír, reconociendo la verdad, él, que no había querido creer nunca en los relatos de los pescadores vecinos de la playa de Cosquer.

- ¡Era verdad... ese tambor!.. ¡He oído, he visto!

Y aún se escapaban de sus labios frases incoherentes.

- ¡Es preciso..., se necesitan oraciones..., el reposo de su alma..., apaciguarle..., una cruz!

IV

Un mes más tarde celebrábase el matrimonio de Alain Raguénés con Juana María Madec.

Para asistir al acto, el anciano Hervé Raguénés, cuya cabeza estaba algo trastornada desde la aventura de la playa de Cosquer, pero que aún se mantenía erguido con su formidable estatura, quiso vestir el antiguo traje de gala de los Paganiz.

Parecía el resto extraordinario de épocas que pasaron ya, algún gigantesco ejemplar paleontológico de la Bretaña de los grandes abuelos fósiles, salido de su caverna sepulcral.

Terminada la misa, todo el acompañamiento se dirigió en ceremonia, precedido del clero, a la playa de Cosquer, para asistir a la erección de la cruz que aún se ve hoy frente a la Roca del Tamborilero, cubierta por el mar también a menudo para recibir aquel recuerdo bendito.

Desde aquel día nadie ha oído resonar nunca la caja del tamborilero, como si aquella santificación de su tumba y el casamiento de Alain Raguénés y de Juana María Madec hubiesen concedido el reposo eterno al desconocido náufrago sepultado bajo la roca, y redimido el naufragio criminal ocasionado por el viejo pagano.

TRADUCCIÓN DE E. I. VERNEUIL.

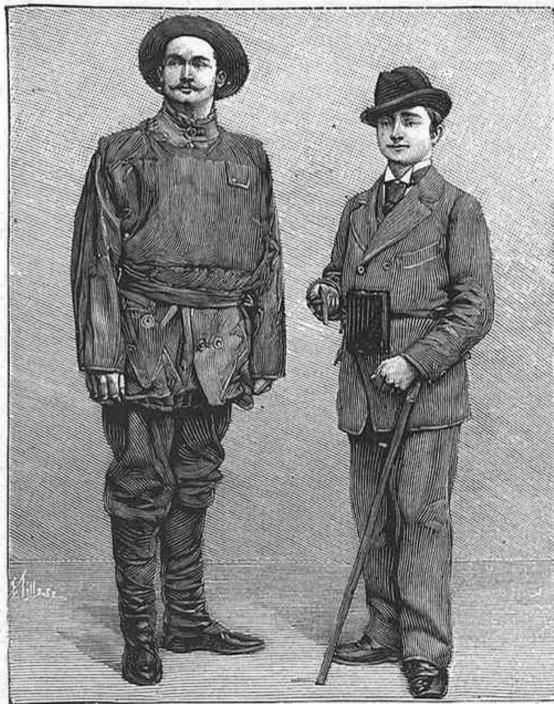


Fig. 1. - Aparatos de salvamento de M. Ropp antes de la ruptura del frasco que contiene el cloruro de metilo

considerable y estorban los movimientos de los que los llevan en previsión de una catástrofe posible, M. Ropp ha probado de sustituirlos con otros aparatos menos molestos que dejan a los que de ellos van provistos en completa libertad de movimientos y que sólo se convierten en aparatos de salvamento en el momento preciso en que han de funcionar.



Fig. 2. - El aparato de salvamento de M. Ropp

No insistiremos en enumerar las ventajas de esos nuevos aparatos por ser harto evidentes, dado caso de que su buen funcionamiento sea seguro; nos limitaremos a indicar la solución en que ha pensado M. Ropp y que es perfectamente satisfactoria, por lo menos en cuanto cabe juzgar del invento sin haberlo experimentado personalmente.

El aparato consiste en un saco ó en un cinturón de caucho normalmente doblado, que ocupa muy poco espacio y que en el momento que se desea recibe una cantidad de cloruro de metilo suficiente para que quede del todo henchido. Este líquido va contenido en un pequeño frasco terminado en una punta fina introducida en el saco ó cinturón: un cuchillo que se mueve alrededor de un eje y que está mantenido en tensión por medio de un resorte, permanece sujeto en el sitio necesario por un anillo de papel de filtro que se rompe en cuanto se pone en contacto con el agua. Cuando esto sucede, el cuchillo cae sobre la punta de cristal, la rompe y el líquido al escaparse por el saco toma inmediatamente la forma gaseosa, determinando la henchidura de esta especie de globo.

El aparato que suelta el cuchillo está además protegido de tal suerte que ni la lluvia ni la escarcha penetran hasta él y que no funcionan sino cuando el que lleva el aparato de salvamento cae en el agua: para esto, la única abertura por la cual el aparato comunica con el exterior está vuelta hacia abajo y se

halla resguardada por una pequeña válvula de papel que no resiste a la presión del agua, pero cierra por completo el paso a la simple humedad.

El cloruro de metilo no se queda indefinidamente dentro del aparato de caucho, pues esta materia lo absorbe poco a poco; pero en muchos casos basta que la persona que ha caído en el agua se mantenga a flote por un instante independientemente de su voluntad hasta que lleguen los socorros. Sin embar-

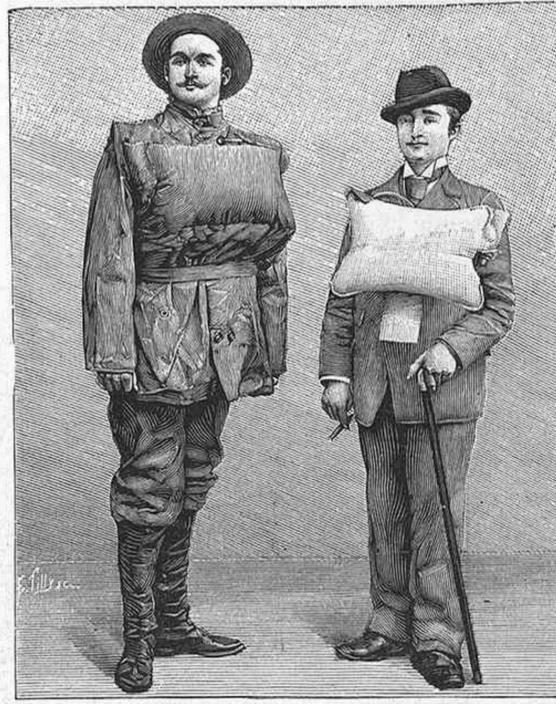


Fig. 3. - Aparatos de salvamento de M. Ropp henchidos después de la ruptura del frasco que contiene el cloruro de metilo

go, si esta desagradable situación debía prolongarse, quedaría siempre el recurso de henchir el globo por medio de un tubo provisto de una espita.

Dada la base fundamental del aparato, las cuestiones de detalle son fáciles de resolver. Así, por ejemplo, para lanzar un salvavidas desde la playa, puede montarse el saco en un cinturón disimulado en una túnica a propósito y fijarlo en un cohete, de manera que se pueda hacerlo llegar a cualquier persona que haya caído en el mar.

En los siniestros ocurridos durante la noche, las personas que, gracias a uno de estos aparatos de salvamento se mantuvieran en la superficie del agua, no ganarían las más de las veces gran cosa, porque la circunstancia de no poder ser vistos ni oídos a tiempo imposibilitaría su salvación. Pero el inventor del aparato que nos ocupa, M. Ropp, ha previsto también este caso, y en su consecuencia ha dotado a algunos de sus aparatos de un pequeño cartucho lleno de fosforo de calcio: un aparato de ruptura idéntico al que hemos descrito para dar salida al cloruro de metilo rompe a la vez los dos extremos de la cápsula; al contacto del agua, el cuerpo contenido en ese cartucho se descompone, produciendo hidrógeno fosforado que, como es sabido, arde espontáneamente al contacto del aire y da una luz intensí-

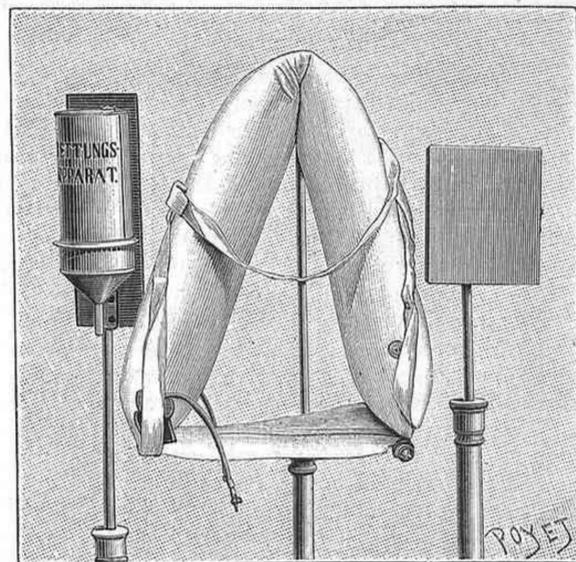


Fig. 4. - Aparatos de salvamento de M. Ropp destinados a ser lanzados. En el centro se ve el cinturón henchido

sima. El fuego fatuo artificial producido por este procedimiento durará media hora ó tres cuartos de hora.

C. E. GUILLAUME

LOS RECUERDOS DE UN CURIAL

DURA LEX...

Aquella noche estaba de guardia el juez del Norte, uno de los funcionarios más rectos de la administración de justicia. Acababan de dar las tres en el reloj de las Salesas cuando se oyó el rodar de un carruaje.

El juez de guardia, que dormitaba en el sillón de su despacho, restregóse los ojos como un chicuelo dormilón que despierta, y mirando por una de las entreabiertas ventanas pensó: «Siempre á última hora nos ocurrirá algo.»

Llegó el carruaje á la puerta del juzgado, descendieron dos hombres del vehículo, y después de preguntar por el juez á un guardia que se desperezaba sobre un banco en el cuarto de alguaciles, entraron en el pasillo con fuerte taconeo.

El oficial de lo criminal salió á su encuentro, más

preparado el carruaje; llegaron dos periodistas ávidos de conocer «el suceso de la noche;» firmóse un auto que se llevaron los dos hombres que llegaron en el coche; volvió á funcionar el teléfono, y todo indicó que el juzgado entendía en un asunto gordo; «que había caído pieza,» como decía Lucas el alguacil, frotándose las manos.

Afortunadamente para el escribano, no hubo que salir del despacho para incoar las primeras diligencias, porque la autora de los hechos, una mujer joven y bonita, ojerosa y destrenzada, era *remilida* al señor juez, en unión de un extenso atestado con muchos pliegos, buena letra y mala ortografía.

La detenida tenía en sus facciones un no sé qué de indefinible amargura. En presencia del juez los ojos azules de la presunta autora llenáronse de lágrimas, alzó el pañuelo á la cara y cayó desvanecida sobre un sillón.

Vuelta en sí, principió la indagatoria. María era hija

dole amores; más tarde acudiría al suicidio..., el último baluarte «de los criminales honrados,» como decía Lucas el alguacil. Tal era el plan de la infeliz María. María asió por la garganta al pequeñuelo, el niño lloró, exhaló un quejido: María no consumó su propósito, era su madre; dió un beso á la criatura y abandonó la casa.

Anduvo varias calles: serían las once cuando se ocultó en el quicio de una puerta. Poco después María cumplía la segunda parte del proyecto; un hombre ingresaba con quemaduras graves en la Casa de socorro y una mujer trataba de envenenarse.

En la delegación de policía confesó María su delito. Por él comparecía ante el juez de guardia que le preguntaba severamente: «¿No pudo usted pedir limosna ó volver á su trabajo?» Y ella respondía convulsa y llorosa: «¡Señor! Era honrada para alargar mi mano al transeúnte y era una miserable para pedir trabajo.»

El juez comprobó algunas citas. En el domicilio



El despertar del león, cuadro de Pablo Meyerheim

dormido que despierto, con el eterno «¿Qué quieren ustedes?» reservado á todos los denunciados.

El oficial llevó á los otros dos á su despacho, pues el actuario por quien preguntaban hallábase en el café próximo charlando de política, y los tres conversaron breve tiempo. El juez, en tanto, había vuelto á dar cabezadas y ya dormía cuando el timbre del teléfono con su argentino sonar volvió á despertarle.

Un alguacil que con el compañero apuraba el contenido de una botella de vino, escondido detrás de una mampara, echó á andar con la calma de nuestros procedimientos judiciales hacia el aparato del teléfono. El diálogo telefónico terminó con un «Está bien» del alguacil, cuya seca frase retumbó en el pasillo, yendo á perderse en la lobreguez de los cuartos de detenidos. Después se comunicó á «su señoría» que una mujer había arrojado un frasco de vitriolo contra un hombre, que ella había intentado asesinar á su hijo, y por último que había atentado contra su propia vida.

El juez salió de su despacho; llegó al del oficial; un jovencillo, «el chico,» corrió á avisar al actuario, que no pudo concluir de mojar la tostada en el chocolate que consumía en el café; dióse en el juzgado á las luces cuando gas pudieron soportar los mecheros; despertóse á Juan, el auriga, para que tuviera

de una familia pobre, y necesitando mantener á sus padres trabajó desde muy niña en un taller de modista. Pero el trabajo tiene sus peligros; ella iba sola al taller, y cierto día, á un hombre á quien no había visto nunca, le entregó su corazón lleno de inocencia, como se entrega la cartera con billetes al atracador que sale tras la esquina.

Ella abandonó la casa de sus padres para irse á la de aquel hombre, de quien tuvo un hijo rubio como el sol y blanco como la nieve.

Una noche el amante se fué para no volver. María quiso regresar al hogar de sus honrados padres; pero la parábola del hijo pródigo no tuvo aplicación en este caso, y la miseria tendió sus alas en el cuarto de María, antes alegre, después muy triste, porque allí donde estallaron besos de amor y frases de ternura, sólo se escuchó luego el llorar de una mujer y el gimear de un chiquillo.

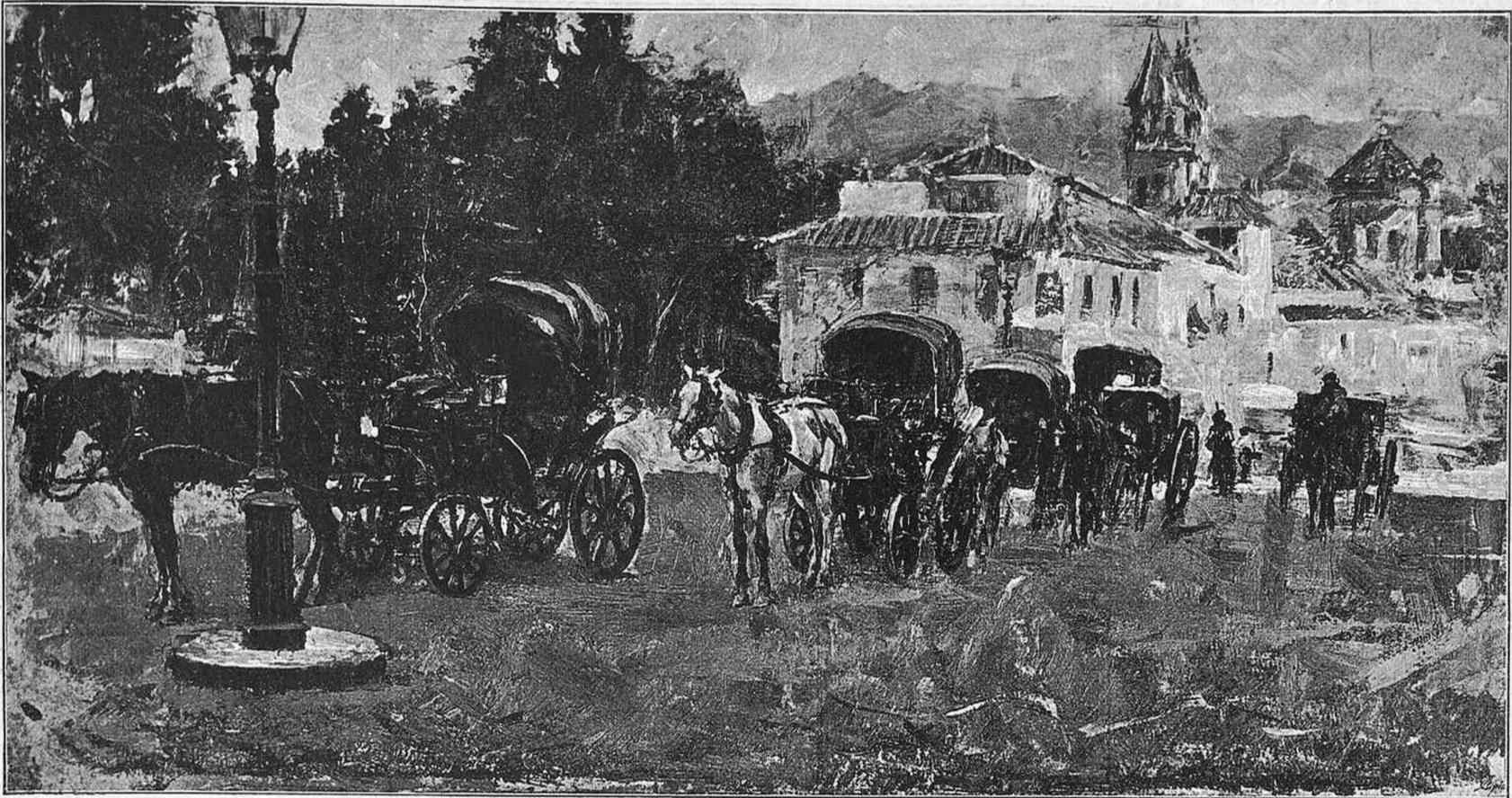
El causante de aquello se casó. Luisa lo supo, y los celos y el hambre en lúgubre consorcio se imbuieron en el debilitado cerebro de María y le aconsejaron un crimen. Primero ahogaría entre sus manos el fruto de su perdición, librando así de la muerte por hambre al hijo de sus entrañas; luego arrojaría vitriolo sobre aquellos ojos que la sedujeron mintién-

de la detenida recogió á un niño de once meses, que aterido de frío y moribundo de hambre, llevó en su coche al juzgado.

Después transcurrió mucho tiempo hasta que la causa pasó á la Audiencia, se vió en juicio oral y los jurados absolvieron á María, porque quizás pensaron que en este caso la maternidad era para ella circunstancia eximente.

Hablando hoy con Lucas el más viejecillo de los alguaciles, he sabido el epílogo de la historia: el seductor continúa ciego; María, redimida por el trabajo, es una modista que educó con exquisito esmero á su hijo, á un hijo á quien adora. El muchacho es hoy el oficialillo de la escribanía de D. Lope, es un pequeño que promete y que no ha dejado mal al juez de guardia que incoó diligencias contra su madre y que fué quien interesándose por el chico le colocó en la curia. En cuanto al juez, sigue siendo un hombre honrado y un magistrado recto, y sin embargo hay quien murmura de él, porque como me decía Lucas filosofando el otro día: «La ley es la ley, pero un juez, bueno la suaviza con *equidad*:» otras leyes hay más inflexibles; las de la calumnia... ¡Hay miserables que dicen que el juez del Norte aquella noche prevaricó!..

P. GÓMEZ CANDELA



Parada de coches en Granada, cuadro de Muñoz Lucena, propiedad de S. M. la Reina Regente

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DÉS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Maos de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio: 12 REALES.
 Dirigir en el rótulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.
 Exigir en el rótulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPILLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et Co. St-Denis 14

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S. Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

Agua Léchelle HEMOSTATICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

MAREO PELAGINA
 RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros.
 IMPORTA SANEER COMO EMPLEAMLO. En Francia, frascos 5, 3 y 1 fr. 50
 E. FOURNIER Farmo, 114, Rue de Provence, PARIS, y en las principales Poblaciones marítimas.
 MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

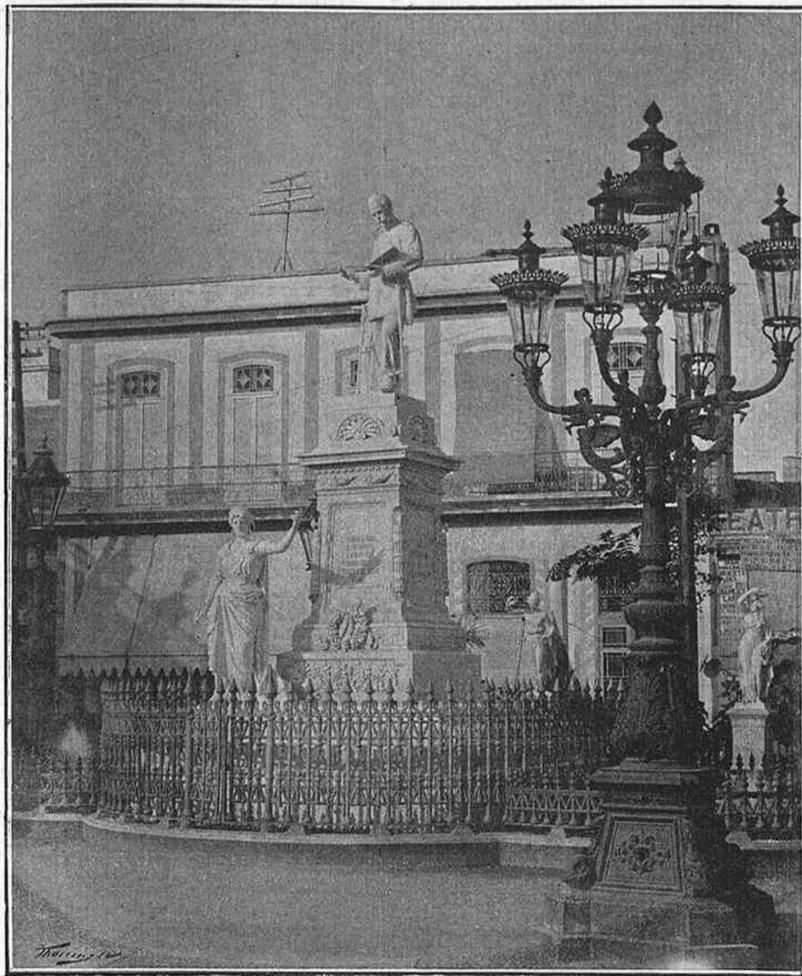
PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUPORES Ó EDITORES

A CAMPANA D'ANLLONS, por *Eduardo Pondal*. - Bellísima composición poética en gallego, muy sentida, bien versificada y llena de esa dulzura especial y de esa deliciosa armonía que tanto encanto comunican á las producciones escritas en aquel hermoso idioma. Impresa en la Coruña (imprenta y librería de Carré), véndese á una peseta.

BURGOS EN LAS COMUNIDADES DE CASTILLA, por *Anselmo Salvá*. - La confederación de los pueblos castellanos, conocida con el nombre de Comunidades de Castilla, es indudablemente uno de los episodios más importantes de la historia de España, y así lo demuestran los importantes estudios que de él se han hecho y se están haciendo. El cronista de Burgos D. Anselmo Salvá, individuo correspondiente de la Academia de la Historia, ha aportado con la obra que nos ocupa datos de gran valía al estudio general de esa materia, demostrando el papel importantísimo que aquella ciudad desempeñó en la contienda entablada entre los monarcas y los confederados de Castilla y destruyendo algunos falsos conceptos que acerca de aquella participación de los burgaleses han emitido varios historiadores, todo ello basado en documentos auténticos del archivo municipal de Burgos, en su mayor parte inéditos y hasta ahora desconocidos. El libro del Sr. Salvá merece toda suerte de elogios por la erudición é imparcialidad de juicio que revela en su autor; impreso en la imprenta y librería de Hijos de Santiago Rodríguez, véndese á tres pesetas.

ARCO IRIS, por *Emilia Pardo Bazán*. **LA MUJER, EL HOMBRE Y EL AMOR**, por *E. Rodríguez Solís*. - Son estos los dos últimos tomos de los hasta ahora publicados en la Colección Diamante que con tanto éxito publica la casa editorial López de Barcelona. El primero es una colección de cuentos de Emilia Pardo Bazán, bellísimos como todos los que salen de la pluma de tan afamada escritora; el segundo contiene cuatro novelas cortas interesantes y primorosamente escritas por el reputado literato Sr. Rodríguez Solís. Véndese cada tomo en las principales librerías al precio de dos reales.



Monumento erigido en honor de Álbea, recientemente inaugurado en la Habana (de fotografía remitida por los Sres. Otero y Colominas)

LA ELECTRICIDAD, por *Eloy Noriega Ruiz*. - Esta obra del distinguido físico mexicano Sr. Noriega, autor de multitud de libros científicos, académico correspondiente de la Academia de Ciencias de Bruselas, es un tratado completo de materia tan importante como la electricidad: en ella se estudian ampliamente los telégrafos, fonófonos, teléfonos, los relojes eléctricos, los pararrayos, los buques submarinos, las monturas de aparatos para el alumbrado eléctrico, las máquinas magneto-eléctricas y dinamo-eléctricas, las lámparas de arco é incandescentes, los conductores, los acumuladores, el transporte de fuerza, la galvanoplastia y en una palabra cuanto con la electricidad se relaciona. Facilitan la inteligencia del texto 400 láminas originales del mismo autor y completa la obra un apéndice con la descripción de varios inventos del Sr. Noriega. El libro impreso en México, en la imprenta y litografía de Juan Flores (Corchero, 2), se vende al precio de veinticinco pesos.

PRO PATRIA. - El último número de esta importante revista contiene notables trabajos de Stor, Iracheta Mascort, Gutiérrez de Alba, Achille Millien (en francés), Mitjana, Ribalta, A. Clemente Vázquez, Díaz y Pérez, Román y Zahonero é interesantes revistas por Ache, Sinesio y Amando.

LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO según la consuetud de los talleres y la ley del Decálogo, por *M. F. Le Play*. - Es esta una obra importantísima, así por la materia que en ella se trata, como por la suma de conocimientos y el criterio elevado que revela el autor, el cual gracias á sus largos viajes y á sus profundos estudios sobre la organización del trabajo en todos los pueblos de Europa y en alguno de América, ha podido en su libro señalar las causas del malestar que hoy la sociedad siente, del desequilibrio económico que actualmente existe é indicar los remedios contra estos males. M. Le Play no sólo se limita á exponer sus doctrinas, sino que además contesta á cuantas objeciones puedan hacersele; y comprendiendo las dificultades que á la reforma por él preconizada se oponen, señala las soluciones que á las mismas debe darse. Esta obra, correctamente vertida al castellano por D. Luis de Oliver y de Rivera, ha sido publicada por la casa Mame, de Tours.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARÍS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PEGEO y de los INTESTINOS.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARÍS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARÍS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - CASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de **PEPSINA BOUDAULT**
VINO. de **PEPSINA BOUDAULT**
POLVOS. de **PEPSINA BOUDAULT**
PARÍS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
Ergotina y Graageas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS de DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la **Carne, el Hierro y la Quina** constituye el reparador mas energético que se conoce para curar: la **Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc.** El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor, la Coloración y la Energía vital.**
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm^a, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma **AROUND**

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
Solucion **BLANCARD** Comprimidos de **Exalgina**
Con Ioduro de Hierro Inalterable.
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**
Exijase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

VELOUTINE FAY **POLVO DE ARROZ EXTRA**
El mejor y mas célebre polvo de tocador
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS